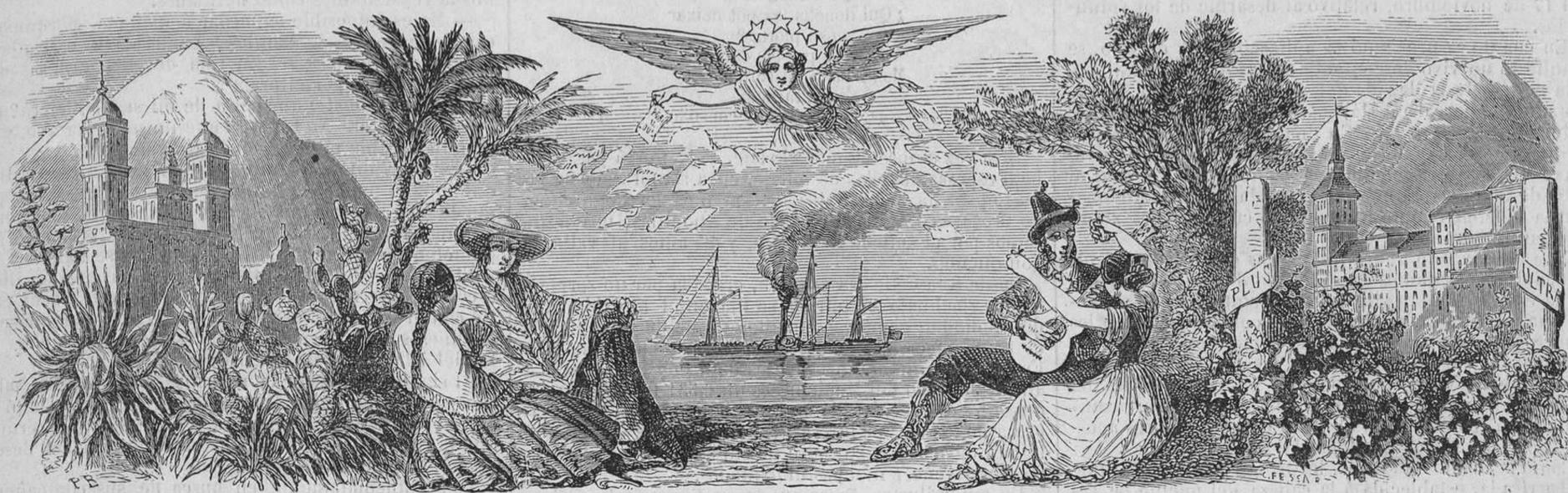


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 839.

SUMARIO.

Sucesos de Málaga; grabado. — Conferencias familiares. — Los obeliscos egipcios y el simbolismo del valle del Nilo.

— Instalacion del gran rabino de Paris; grabado. — El Voluntario; grabados. — Revista de Paris. — Los indios de los Estados Unidos; grabados. — Manuela, novela original por Eugenio Diaz. — Celebracion del Rhamadan por los « tur-

cos;» grabados. — El invierno en Paris, caricaturas por Cham; grabados. — Debe y haber. — Problemas de ajedrez; grabado. — La insurreccion de Creta; grabados. — La casa de Cornelle; grabado.

Sucesos de Málaga.

Apenas se había concluido la fratricida lucha que ensangrentó á la ciudad de Cádiz, cuando un nuevo conflicto mas grave aun, estallaba en Málaga, añadiendo así un deplorable capítulo á la historia de las agitaciones políticas de que España es teatro. Como la de Cádiz, la sublevación de Málaga fué causada por el decreto del 17 de noviembre, relativo al desarme de los voluntarios.

En cuanto se proclamó la aplicación del decreto, se manifestó un vivo descontento en las filas de la milicia, y la noticia de la llegada del general Caballero de Rodas que se acercaba á Málaga con sus soldados, llevó al colmo la desesperación. En una noche Málaga se erizó de barricadas. Fortificados en el barrio de la Trinidad, los insurrectos se defendieron como leones, y solo al cabo de tres días de una encarnizada lucha abandonaron la resistencia ante un enemigo cuatro veces superior en número.

Nuestro grabado figura una de las escenas de ese lúgubre drama. Estamos en el Pasillo de Santo Domingo, en la esquina de la calle de San Jacinto, donde se eleva una formidable barricada, á la cual se retiraron los insurrectos despues de haber dejado otra situada á corta distancia y que ocuparon las tropas. Dos enormes cañones de marina, tomados en las murallas del puerto y manejados por artilleros improvisados, acompañan con sus descargas el fuego de los tiradores apostados en las ventanas de todas las casas contiguas.

Como acabamos de decir, las tropas ocupan la primera barricada, establecida á la cabeza del puente de Tetuan, que había sido derruido desde las primeras horas de la acción por las balas de los buques de guerra que estaban en la rada. Su artillería, mejor servida que la de los insurrectos, hacia en las filas de estos últimos espantosos destrozos, y sin embargo, se habrían resistido mucho aun, si una columna compuesta de varios regimientos de infantería no los hubiese atacado de improviso á retaguardia, y cogiéndolos entre dos fuegos, no les hubiese puesto en la imposibilidad de prolongar la resistencia.

P. P.

Conferencias familiares.

Es el de Ger, con su frente coronada de eternas nieblas, con sus manantiales de agua helada escondidos entre sus rocas y que bajan al valle convertidos en riachuelos de bullentes olas.

Nuestra atención es distraída por un canto que entona el guía con triste y monótono compás. Es una vieja canción del país, que por la conexión íntima que su idioma tiene con el catalán, puede traducirse así:

O Deu d'eixas muntanyes
¿ Qui donchs las pot deixar
Sensa plorar?
Jo vaig per las campanyes
Mos bous á pasturar
Sensa tardar.
¿ Com m'haig de consolar?

Otra vez emprendemos el viaje. Volvemos á pasar por bajo espesas bóvedas de follaje, cuya sombra eterna jamás el sol ha logrado disipar. Pasamos por la garganta de Breca, cruzamos la cúspide de Anouillas, nos deslizamos por el collado de Lardet, y bajamos al valle de Sousouenou.

Desde esta deliciosa pradera, cruzada por un serpenteador riachuelo, la mirada se fija en el atrevido Pico del Mediodía, gigantesca montaña, una de las mas altas de los Pirineos, que sumerge sus miradas en España y en Francia, dominando los montes de uno y otro país. La altura del Pico del Mediodía es de 1,531 toesas, y su ascension era considerada en otro tiempo como una empresa de las mas peligrosas. En este siglo hay varios que la han llevado á cabo, pero no sin superar grandes obstáculos y vencer muchas dificultades.

Un autor ilustre, Palassou, en su *Ensayo sobre Mineralogía*, llegó á decir que era imposible subir al Pico del Mediodía, pero su aserto ha quedado desmentido por algunos que han efectuado esta peligrosa ascension. Sin embargo, uno de esos intrépidos viajeros, el montañés Gaston Sacaze, al escribir su viaje efectuado el 5 de agosto de 1860, se expresa en estos términos: « Si Palassou consideraba esta pirámide como inaccesible, yo debo decir con él que tenia razón, porque quien pretenda trepar al Pico del Mediodía debe ser mirado como temerario. No pretendo que no pueda llevarse á cabo el ascenso, pues yo lo acabo de efectuar; pero ¿ cuántos obstáculos que vencer, y cuántos peligros que evitar! »

Apartemos nuestra mirada del gigante Pico y prosigamos el viaje.

su zampoña mientras su rebaño retozaba alegremente por el prado.

Con ojos llorosos y abatido semblante repitió el recién llegado su demanda.

— Amigo mio, le dijo el pastor, nada puedo darte de comer, pues hace un momento que he consumido los restos de mi cotidiano alimento, pero puedo ofrecerte un asilo en mi cabaña. Esta noche partiré contigo mi pobre lecho, y cuando mañana me traigan la comida, nos la repartiremos como hermanos.

— Me es imposible aguardar á mañana, porque me estoy muriendo de hambre, contestó el extranjero. ¿ Por qué no matas para mí una de esas terneras que alegres retozan por el prado?

— ¿ Santo Dios! ¿ qué sería de mí si tal hiciera? exclamó el pastor. No soy mas que un pobre criado, y mi amo inexorable me despediría sin remedio.

— Pastor, dijo el extranjero, ten confianza en Dios que todo lo puede. Mata una de esas terneras para que pueda yo recobrar mis fuerzas perdidas, y te ofrezco que mañana al despertar has de encontrarla alegre y juguetona en el mismo sitio en que hoy se halla.

El pastor cedió á las instancias del desconocido. Dióle á comer la ternera que pedía, y al llegar la noche partió con él su lecho, dejando por encargo del huésped los huesos de la ternera cuidadosamente envueltos en la piel á la puerta de la cabaña.

Al siguiente día por la mañana el extranjero había desaparecido, pero á la puerta de la choza halló el pastor, sana y alegre, entera y juguetona, la ternera que la víspera había devorado en compañía del desconocido huésped.

Voló inmediatamente en busca de sus compañeros para contarles lo acaecido y departir con ellos sobre tan maravilloso suceso, pero á nadie halló. La montaña estaba desierta de pastores y rebaños. Hombres y cuadrúpedos, todos habían sido hundidos aquella noche por una mano invisible en el fondo del lago.

Cuéntase que todos los años, durante la noche de San Juan, y al dar las doce, las aguas del lago se agitan misteriosamente como movidas por una fuerza interior, y se oyen en medio de las tinieblas los gritos y lamentos de los pastores allí sepultados, junto con los aullidos de los perros y los balidos de las ovejas.

Pastor existe hoy que cuenta muy formalmente haberlo oído. Tal es la leyenda del lago de Artouste.

Victor BALAGUER.

reina de las abejas era macho, y la hacian el tipo de la supremacia en un pais civilizado. La abeja suele estar reemplazada en los textos con una imagen real, y su nombre *Api* significaba cabeza, cumbre, jefe, grande. En latin tenemos *Apis* por abeja y *Apea* por grandeza, en lo figurado.

El montoncillo de tierra es el antiguo simbolo de los seres creados del barro, y por esto se le encuentra figurado en los textos de las primeras edades, sobre las figuras de hombres, de cuadrúpedos, de insectos y de plantas. Los pájaros, los peces y los reptiles nacidos solo del agua, segun la creencia egipcia, se representaban encima de un signo de igual forma colocado en sentido inverso, y que figuraba una copa.

Un bajo-relieve de la cuarta dinastía hallado en Uadi-Magara, y que está en el museo del Louvre, en la sala donde han reunido los raros monumentos de las primeras dinastías, ofrece un cuadro de la creacion en el cual se reconocen los dos emblemas de los primitivos seres creados.

Los hebreos creian, como los egipcios, que los pájaros y los peces habian salido del agua, porque, segun el Génesis, fueron creados el mismo dia. El escoliasta Sócrates, que escribia en el siglo IV, dice que en el origen del cristianismo se comia indiferentemente pescado y ave en los dias de abstinencia, por la idea de que los peces y las aves salieron del agua.

La calificación de Gran Rey, *Soutan-Api*, precede ordinariamente al cartucho que contiene el nombre del monarca y sus títulos religiosos ó sacerdotales. Luego viene el cartucho que encierra su apellido coronado con el *chenalopea* (oca de Egipto), emblema de la constelacion que hoy tiene el nombre del cisne y del disco solar. Este grupo, á la vez simbólico y fonético, daba en egipcio *Si re*, Hijo del sol, y de aquí la palabra gala *Sire* (Señor). El primitivo *Ra*, sol, que se pronunciaba tambien *Re*, y que se convertia en *Rak* ó *Rek* (sol erigido), produjo igualmente: en celta *Ré* (hoy *rey*), *Rix* y *Rik*, que se añadia á los nombres reales, como *Vercingetorix*, *Childerik*, etc.; en hebreo *Arik* y *Roe*, palabras de la antigua lengua pastoril, que expresaban la accion de llevar al campo el ganado; en latin *Rex* en *regere*; en griego *Erkómái*; en albanés *Reg*; en sanscrito *Radja*.

El título de *Kan*, director, que se halla tambien en el obelisco de Louqsor, engendra igualmente: en hebreo *canan* y *gané*, obrar, hacer, poseer; en sanscrito *chan*, obrar, hacer, ser poderoso; en griego *kanon*, regla, *michano*, hacer, y *tugchano*, poseer; en inglés *to can*, poder, y *king*, rey; en persa *khan*, señor.

Podríamos citar aquí centenares de vocablos hebreos, sanscritos, árabes, griegos, latinos, ingleses, alemanes, galos y franceses, derivados todos de la antigua lengua egipcia que se hablaba en la aurora de los siglos; pero no trazamos mas que un diseño que no puede tomar tan vastas proporciones.

La afinidad fundamental del antiguo hebreo y del egipcio resalta con evidencia de la comparacion de los textos; pero la lengua del Génesis tiene un carácter arcaico del que solo se encuentran ya raros vestigios en los monumentos egipcios del tiempo de Sesostris. La expresion enérgica y sencilla corre al fin como una flecha, dejando en pos de sí un rastro luminoso, y traduce en incomparables imágenes las sublimes aspiraciones, los dolores y las esperanzas de la humanidad primitiva. Un estremecimiento continuo corre al través de esos trozos que se entrecrocán y se separan, como atraviesan los elementos de la corteza del globo las lavas del granito en fusion. Todos los ardores de una vida abundante estallan en esas imágenes grandiosas cuando ya hace tanto tiempo que el frio de la muerte ha llegado hasta los ritos egipcios tan majestuosos y tan profundos en su origen. Las inscripciones faraónicas ofrecen bellos pensamientos admirablemente expresados, pero ninguna de ellas alcanza á la altura del *Fiat lux* del Génesis. El texto hebreo dice simplemente:

El-AOR OUAIEI AOR
Será hecha luz fué hecha luz

La voluntad divina anunciada en futuro en este pasaje, se realiza en pasado, como si el efecto hubiese precedido á la explosion del pensamiento. Solo el egipcio y el hebreo presentan ese trofeo tan admirable.

En el cuadro que publicamos la semana anterior, se ve la parte superior del obelisco de Louqsor, lado del puente de la Concordia. A derecha é izquierda de este dibujo hay diferentes grupos egipcios traducidos letra por letra, y que ofrecen nombres conocidos, cuya comprobacion es tanto mas fácil cuanto que el valor de cada uno de los signos que los componen halla su justificacion en los homófonos de los restantes.

Estos diferentes caracteres representan consonantes silábicas. En egipcio como en hebreo, las vocales solo aparecen cuando forman en las palabras un elemento vocal independiente.

Algunos signos tienen un valor doble, como la *r* principalmente, que representa tambien el sonido de la *l*. Otros permutan en ciertos casos, como en hebreo. La diferencia de los dialectos y los cambios ocurridos en la pronunciacion de ciertas palabras, explican estas variantes fonéticas con las cuales se familiariza uno fácilmente.

Los signos representativos de vocales cambian de sonido, segun el puesto que ocupan. Por ejemplo, la hoja de gladio tiene casi siempre el sonido de la *a* al principio de las palabras, y de la *i* al fin (grupos 9 y 37).

La primera línea del cuadro que analizamos ofrece

tres nombres reales encerrados en cartuchos, y extendidos debajo para facilitar su lectura.

El primero de estos cartuchos tiene el nombre de *MENEI* (*conductor*), jefe de la primera dinastía, que los griegos llaman MENES. La significacion de este nombre es la misma que la de *MONI*, que sirve para designar á los pastores en los monumentos de la época de Moisés. Las inscripciones del obelisco de Louqsor (primera columna de la cara Este) llaman *Moniou* á los pastores que invadieron el Egipto. En la segunda columna de la misma cara se designan con el nombre de *Skoufi*, palabra que decentemente no puede traducirse, y que comprenderian los árabes de nuestra época. Finalmente, en la cara del Sur se llaman, como en Manethon, *Hicsos*.

A menudo se llama á la Arabia en los textos egipcios *Kah ne-moni*, pais de los pastores. Los romanos expresaron posteriormente la misma idea por *Mino* y *Mineo*, y de aquí *Monitor*. En francés se observa la misma relacion entre *Mener* y *Moniteur*.

En los nombres propios egipcios se halla *MONI-NOFRÉ* (*conductor bueno*), y este mismo en las antiguas inscripciones suele designar á *THOT-HORUS*, así como en los rituales funerarios se llama igualmente *MONITOR* (*conductor poderoso*), y sabido es que desde los primeros tiempos los reyes de Egipto se consideraban como los representantes de la divinidad en la tierra.

El segundo cartucho tiene simplemente el título de sol vivo (*PHRA-ON*), figurado por un disco sol encima del cual hay un personaje sentado con una cruz, emblema de vida. El canastillo que se ve en este mismo cartucho, es un antiguo simbolo de la dominacion suprema. En el Exodo, cap. XXIX, 3, se lee: « *Pondrás en un canastillo los panes sin levadura y los ofrecerás al Señor con el canastillo.* »

En muchos monumentos están representados los reyes de Egipto recibiendo de sus súbditos frutos y otros presentes en un canastillo de la misma forma.

El tercer cartucho tiene el nombre del Faraon *SCHEOF*, constructor de la gran pirámide, que los griegos llaman *CHEOPS*. Algunos sabios leen este grupo *CHOUWOU*, esto es, *CHOUWOU*, pues el sonido de la *v* no ha existido nunca en la lengua egipcia, y otros *SCHAFRA*, colocando al final de la palabra el signo que la precede, y así se han fabricado otros muchos nombres.

La palabra *of*, en egipcio, significaba *domador*. Con frecuencia se aplica á *Horus* este nombre, que equivalia al *domitor* de los latinos. Precedido de la palabra *sohe* (como), significaba literalmente *parecido al que subyuga*.

Dos hermosas estatuas de *SCHEOF*, adornadas con inscripciones que hemos traducido, figuraban en la Exposicion universal. M. Mariette las ha vuelto á llevar á Egipto, y ha quedado en el Louvre una copia en yeso que está en el Museo egipcio.

El nombre de *AMOS*, que comienza la segunda línea, significa engendro. Es una variante de *AMOSI*, de donde han hecho los griegos *AMOSIS*, y los egiptólogos *AAHMES*.

Nuestros lectores observarán en este grupo los signos representativos de la *m* y la *s*. Doce de nuestros caracteres actuales son geroglíficos, cuya primitiva forma se reconoce en las inscripciones anteriores á Moisés.

AMOUN-OTEP significa *santuario de Amou*, y *THOT-MOSI*, *engendrado de Thot*. La primera sílaba de *THOT-MOSI* está figurada por un *ibis* sobre una escuadra, uno de los emblemas del dios *Thot*.

THOT, en egipcio, significa palabra, signo, imagen. *Thot*, el adversario de *Sat*, el genio del mal, era el enemigo de los malvados cuyas acciones pesaba en la otra vida, y el *ibis* se comia las langostas, una de las plagas de Egipto, en los pasados tiempos como en los nuestros, de aquí el simbolismo.

El primer grupo de la tercera línea ofrece una variante del nombre de *RAMSÉS*, contraccion de *RAME-SI*, *Hijo engendrado del sol*. El grupo siguiente designa el *SINERES* de los griegos, cuyo nombre puede leerse *SINERA*, *SINERE*, y hasta *SINEROU*, pero no *SNEWROU*, como escriben algunos egiptólogos, y menos aun *OUSERNRA*, como escribe M. Brugsh.

El último grupo de la tercera línea ofrece el nombre del Faraon, de que se ha hecho *RAMSES I*, que se lee realmente *RAMESSOU*, *Hijo engendrado de Ellos*.

El grupo que comienza la cuarta línea debe leerse *SETHI-MAI-AMOUN*, *Sethi-Aimé-de-Amou*. El nombre de *SISONK*, que viene despues, significa *Hijo del Posesor de Vida erigido*. *SISONK* es el *SESONCHIS* de los griegos y el *SISAK* de la Biblia. Las esculturas de Karnac representan entre sus prisioneros al desdichado Roboam, hijo de Salomon, cuyos tesoros robó (Primer libro de los Reyes, XIV, 35).

El nombre de *SABAKO*, que leemos al principio de la quinta línea, es el del conquistador etiope que fundó la XXVª dinastía. Los griegos le llaman *SABACON*, y algunos modernos *SCHEWEK*, cambiando la *b* y la *w*.

El grupo siguiente nos ofrece el nombre de *Cambises*, que los egipcios escribian *KAMBETH*, contraccion de *KAMBAI-THO*, *Negro espíritu del mundo*, equivalente de *SITHO*, *Hijo del mundo*, nombre que servia para designar el genio del mal, como *SATH-AN*, *Ojo de fuego*, ó *BAIMOUT*, *Espíritu de muerte*.

El primer grupo de la sexta línea ofrece el nombre de *JERJES*. El siguiente tiene por inicial una imagen del sol, y significaba el *Fuerte* ó el *Terrible*.

Los nombres egipcios de todas las clases se traducen como los de las divinidades, y expresan ordinariamente, bajo formas diversas, la íntima union del hombre con el mundo superior. Los que reproducen los grupos 41 y siguientes significan:

HENOK— SON-NOFRÉ — SOTER — NOHEMI — MARITI
Sobre — Hermano bueno— Salvador— Libertada— Dando
mi — Amor

Los grupos de la última línea, copiados de monumentos de la época romana, dan los nombres de César y de Tiberio trascritos del griego al egipcio.

Los nombres de ciudades y de países están encerrados por lo comun en cartuchos almenados como los que comienzan la série del lado derecho.

MAHANAIM es el nombre de una ciudad de Judá citada á menudo en la Biblia, y en cuyas inmediaciones pereció Absalon.

BEITHORON, ciudad de Canaan, está mencionada en Josué (VIII, 13).

NAHARAIN, que se halla en la octava línea, es el nombre bíblico de la Mesopotamia.

SOBASYRO (novena línea) es el nombre de un pueblo sirio con el cual David estuvo en guerra (1º Libro de Samuel, VIII, 3, 5).

KHEM ó *KHAM* (décima línea) es el nombre que los egipcios daban á su pais, y se encuentra igualmente en la Biblia.

La undécima línea nos ofrece los nombres bíblicos de la Siria, la Etiopía, la Persia y la Libia.

El grupo que comienza la duodécima línea, designa el pais de los Lidios, que se llama en el Génesis *Lud* y *Ludim*.

La última línea de este cuadro nos ofrece los nombres egipcios de Tiro, Sidon, Ninive, y de una montaña consagrada al sol. Se observará que *Ninive* se llama *Ninia*. Jamás el sonido de la *v* figura en las inscripciones egipcias. Una nueva prueba se encuentra en la copia del nombre de *Nerva* (quinta línea), que en geroglíficos se escribe *NEROA*. El nombre de *Vespasiano* está escrito *ASPASIANUS* en el obelisco de la plaza Navona en Roma.

H. M.

(Se continuará.)

Instalacion del gran rabino de Paris.

El consistorio de Paris acaba de nombrar gran rabino á M. Zadoc-Kahn, y la ceremonia de su instalacion tuvo efecto el 13 del corriente, en el templo de la calle de Nuestra Señora de Nazareth.

Damos un dibujo que representa esta solemnidad, la cual se cumplió con la ordinaria sencillez del culto israelita y segun los ritos de la religion instituida por Moisés.

Bajo este concepto, es interesante la observacion de las prácticas religiosas fundadas por el libertador de los hebreos, y que se han conservado intactas al través de los siglos. En las actuales sinagogas lo mismo que en el tiempo del Tabernáculo, el Pentateuco sirve de lectura durante los oficios y los libros sagrados conservan la forma de aquellos libros que habia en la época de los reyes de Israel.

El texto está escrito en hojas de pergamino, cosidas unas á otras y arrolladas en dos palos. A medida que leen los rabinos se va arrollando en uno de los palos la parte que se ha desarrollado del otro. Los libros se encierran en estuches de tela cubiertos de adornos de oro y plata. Tres mil años hace que de generacion en generacion se trasmiten estas ceremonias.

El templo estaba brillantemente iluminado el dia de la instalacion, y una afluencia considerable llenaba la nave y las tribunas. Sabido es que la sociedad israelita es una de las mas opulentas de Paris. En la asamblea se distinguan las notabilidades del culto israelita, los señores Cremieux, Frank y Renan, Bedarrides, abogado general del tribunal de Casacion, Anspach, presidente de sala en el tribunal de Paris, Alcan, profesor en el Conservatorio de Artes y Oficios, Rozan, jefe de negociado de los cultos no católicos, así como habia tambien banqueros, publicistas y periodistas.

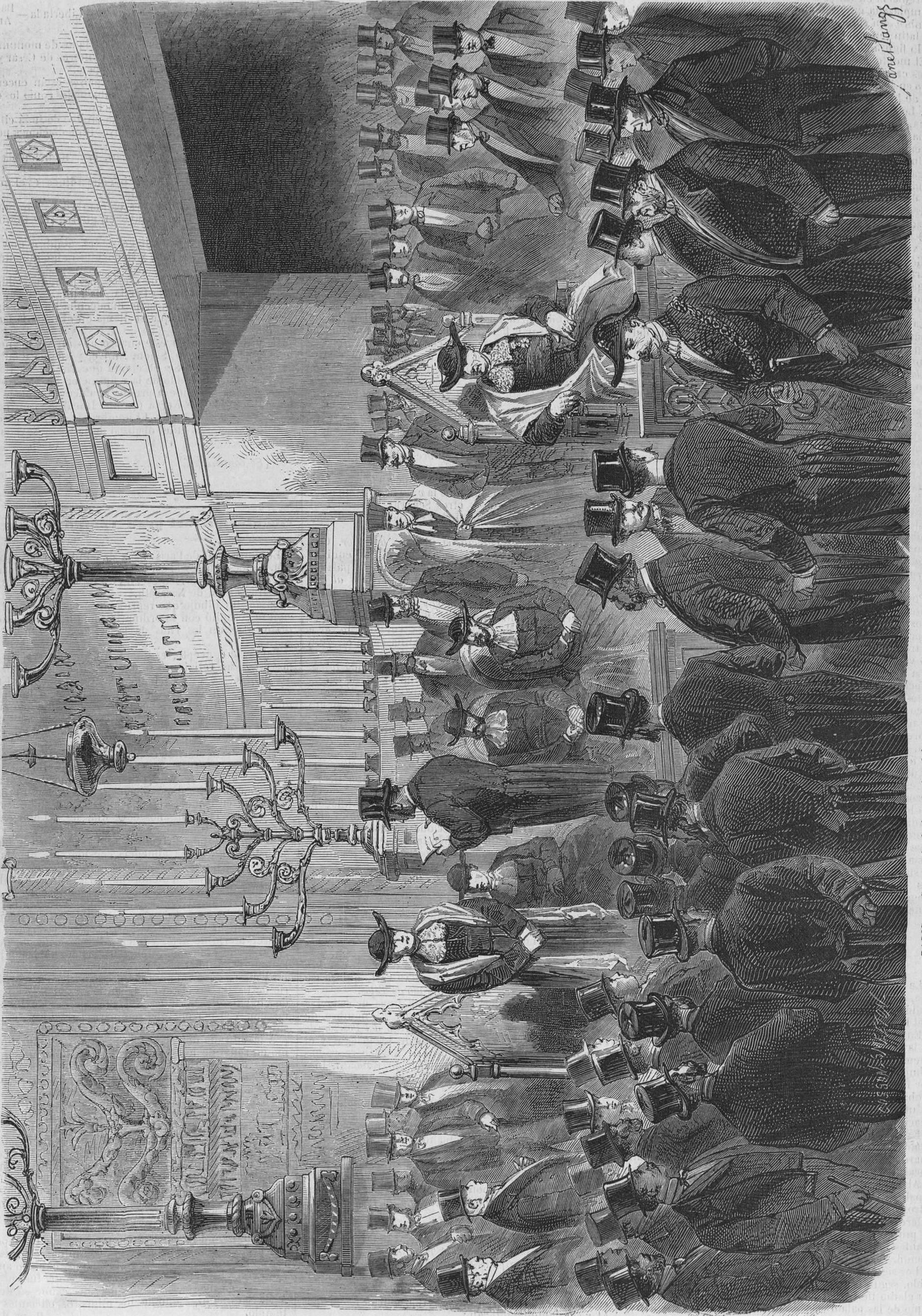
El nuevo gran rabino fué introducido por el consistorio de Paris: en el coro estaban los rabinos de Paris, de Châlons, de Versailles, sufragáneos del de Paris, el director y el personal del seminario israelita y del consistorio central.

A la entrada del gran rabino, el coro entonó un salmo en señal de alegría, y despues M. Halphen, en ausencia de M. Gustavo de Rothschild, leyó, como vicepresidente del consistorio de Paris, el decreto que confirma la eleccion del gran pastor.

Concluida esta lectura, el gran rabino Isidoro subió al púlpito, y en una alocucion conmovedora, se dirigió á su sucesor para trazarle el cuadro de los deberes que le esperan en esas altas funciones que él ha desempeñado tan dignamente durante veinte años. M. Zadoc-Kahn respondió á M. Isidoro, y su simpática y persuasiva palabra produjo una viva impresion en la asamblea. El discurso terminó llamando la bendicion del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob sobre la asistencia, sobre el pueblo israelita, sobre la ciudad de Paris y sobre la Francia.

La ceremonia terminó con la plegaria por el emperador pronunciada por el nuevo gran rabino, en presencia de los rollos de la ley de que hemos hablado antes. Los cantos litúrgicos y la *Plegaria de Moisés* fueron ejecutados con maestría. Muchos de estos cantos se deben á M. Naumbourg, uno de los ministros oficiantes del templo.

R. DE M.



PARIS. — Ceremonia de instalacion del gran rabino en la sinagoga de la calle de Nuestra Señora de Nazareth.



Miguel le encontraba leyendo en alta voz.

— ¿Ois, ciudadanos? exclamó Merlin de Thionville cuando Miguel hubo concluido su lectura. La Constitución ha sido aceptada, París está libre, y Dumouriez, traidor con la patria, será castigado como traidor. La Convención continúa siendo digna de la Francia, y nosotros, sus soldados y sus hijos, debemos mostrarnos siempre como somos, dignos de la Convención y de la patria.

— ¡Viva Merlin! gritó Scévola que repetía: El arrabal está libre, no han puesto los pies en el arrabal del Temple. ¡Viva Merlin!

— Vamos, vamos, añadió el comisario: ¡Viva la república!

Volviéndose hácia Kleber, el general decía con su acento de Alsacia:

— No es bastante baja para esos prusianos el luchar con el hierro y el fuego, sino que aun se arman con la mentira.

— Los republicanos se rien de sus engañosas *genetas nacionales* de Francfort, no menos que de su artillería, respondió Merlin sonriendo; vamos, vamos.

Los soldados les siguieron un momento con sus aclamaciones.

Brutus Toussaint se había acercado á Miguel, y tendiéndole la mano, le decía:

— ¡Mozalbete, vas siendo un hombre!

— Tengo la fe, y eso basta. ¿Crees tú que así puede acabar la república?

— ¿Y si acabara así?

— No le hace, aun moriríamos por ella.

— Justo.

Había en aquella ciudad de Maguncia un rincón en donde Miguel Verdura estaba seguro de encontrar alguna alegría, y era la casa de la señorita Smeyer. Cuando Otto no estaba en el club, Miguel le hallaba allí, leyendo en alta voz algún libro notable, en tanto que la anciana Magdet escuchaba y decía á Lisbeth:

— No comprendo lo que dice.

Poco á poco Miguel había llegado á considerar aquella casa como si fuera suya. Invenciblemente había caído bajo la influencia de aquel entusiasta Otto Schwartz, cuyo misticismo le hechizaba. Habíase acostumbrado á conversar con la señorita de Smeyer, á confiarse á ella, abandonándose á esa armoniosa corriente de la intimidad que arrastra y embriaga al hombre.

Miguel estaba ahora como penetrado de un sentimiento nuevo. Nunca había amado. Había gastado su activa juventud en las primeras luchas de la aurora revolucionaria. Pasaba el día en las tumultuosas asambleas del Palacio Real, escuchando perorar al enorme marqués de Saint-Huruge, y la noche en los Jacobinos, al pié de la tribuna á la que subía algún orador soberbio. Faltábale pues el tiempo para los idilios, y había consagrado toda su energía al triunfo de las ideas nacientes. Sin embargo, como otros muchos, soñaba con el apacible hogar doméstico, con su cara mitad, con los niños que jugaban en su derredor; pero la gran familia, la patria, no le de-

El Voluntario.

NOVELA.

(Continuacion. — Véase el N° 838.)

Repartíase ya los fragmentos del diario, y Merlin, sacando entonces de su bolsillo un papel desgarrado, dijo á Miguel:

— Ciudadano, ¿sabes leer?

— Hasta el latín sabe ese mozalbete, contestó Brutus.

— Pues lee, añadió el convencional.

Era el número 255 del periódico de Hebert que traía lo siguiente:

«La grande alegría del Padre Duchesne al ver la Constitución aceptada por todos los ciudadanos de París, sus buenos consejos á todos los descamisados de los departamentos con los cuales nos quieren amedrentar, para que lleguen prontamente en medio de nosotros, á fin de que nos regocijemos todos juntos, porque se ha salvado la república, no obstante los Brisotinos, los Rolandinos, los Buzotinos y todos los que ha pagado la Inglaterra para que nos devoremos unos á otros y nos destruyamos con el saqueo, la guerra civil y el hambre.»



— ¡Ah! Lisbeth, exclamó Miguel cayendo de rodillas.



Los voluntarios se habían precipitado ya con la bayoneta calada.



EL VOLUNTARIO. — Los artilleros murieron al pié del cañón.

aba tiempo para la pequeña: todos entonces aplazaban su felicidad para mas tarde.

Así había pasado Miguel de la borrascosa atmósfera de la calle á la atmósfera de salitre de los campamentos. Alegremente había marchado, con la lluvia en el rostro, el lodo en los pies, y en el corazón el entusiasmo. Y luego, como si todo esto hubiese sido un sueño, se había despertado justamente en medio de aquel hogar tan deseado, y su primera mirada se encontró con la de aquella compañera ideal en la que había pensado tantas veces. Entonces había experimentado esa sensación del hombre que sale de un lugar sofocante para ser trasportado á una atmósfera suave, penetrante y sana. Había sentido el deseo de hacer alto aquí, al cabo de tantas tormentas. Aquella sala con artonados de encina, aquellos muebles antiguos medio apolillados, aquel reló de madera que hacia oír su agudo chillido todas las horas, aquellas viejas estampas colgadas aquí y acullá, aquella casa con las escaleras de madera. Todo eso era para él como un paraíso, como un eden alemán donde habría querido descansar, y amar y ser amado.

Verdaderamente amaba á aquella Isabel, rubia, bondadosa y de una gracia honesta y encantadora. Primero la había amado por gratitud, pero la gratitud lleva muy lejos. Había pasado tantas horas á su lado, de esas horas en que los convalecientes se reaniman, aspiran con voluptuosidad el aire que les parece mejor, y con sus pies vacilantes todavía, vuelven á recobrar con un gozo infantil la posesion de la tierra. Miguel confundía aquella imagen de niña con las impresiones de gratitud que había sentido. Parecíale que era ella quien le había devuelto la vida.

Isabel no le amaba aun, pero se sentía turbada con aquel cariño que adivinaba, pues las mujeres, como ciertas personas descubren fuentes, así descubren ellas el amor donde nadie podría sospechar su existencia. Comprometida en casamiento con Otto Schwartz, recordaba las antiguas promesas, y amaba siempre con afecto verdadero á aquel apóstol de libertad que le inspiraba á la vez admiración y respeto. Sin embargo, también pensaba en aquel extranjero que se había posesionado de sus preocupaciones, y cuyo recuerdo no la abandonaba un instante. Quizás le agradecía los cuidados que ella le prodigó. ¿Por qué no? Cuando á la mujer la dan ocasion de mostrarse afectuosa, siempre lo agradece.

Miguel no adivinaba todo lo que la señorita de Smeyer se ocultaba aun á sí misma. Cuando la veía sonreír á Otto, entraba en accesos de ira y de celos que se convertían en deseos de llorar.

— ¿Qué se ha de hacer? decía, ¡le ama!

Habría querido huir de Maguncia para no volverla á ver, juraba que no volvería á poner los pies en aquella casa en donde entraba tan alegre, y de donde

salia inquieto y turbado, y aquella misma noche volvía con el corazón palpitante.

Por lo demás, jamás había dejado escapar una palabra que pudiera hacer sospechar que amaba á la jóven que llamaba en voz baja Lisbeth, el mismo nombre que la daba Otto en voz alta.

Una tarde hablaban del porvenir uno y otro, y la jóven le dijo:

— Estoy triste, muy triste. He visto hace un instante á una madre cuyo hijo acababa de morir de un balazo. ¡Pobres madres! ¡Contra ellas se hace la guerra! ¡Si yo tuviera un hijo!...

Se sonrió tristemente y añadió:

— Y le tengo, el huerfanito, mi querido Frantz...

— ¡Frantz!

— Sí, el hermano de mi prometido esposo. Un cuñado que será y que es mi hijo.

Miguel habría preferido una puñalada en el corazón. Tomó su sombrero bruscamente, y le dijo la jóven:

— ¿Salís?

— Sí, se están batiendo, y quiero batirme.

Tenia deseos de decir:

— Quiero morir cuanto antes.

Batíanse, en efecto, ó iban á batirse para rechazar un asalto.

Era el 6 de julio. Ya desde la víspera se sabía que los prusianos querían resueltamente tomar el reducto de los Clubistas. Merlin había acudido arengando á los artilleros, y apuntando él mismo los cañones. El batallón de voluntarios, en cuyas filas estaba ya Miguel, esperaba con el arma en descanso. Brutus Toussaint se mordía los bigotes, en tanto que Miguel pensaba en las últimas palabras de Lisbeth, y sentía que sus ojos se inundaban de lágrimas. « ¡Mi prometido esposo! » No se le olvidaba: tenía deseos de arrojar al frente de las balas. ¿Qué le importaba ya la vida? No podía casarse con Lisbeth, que pertenecía á Otto, al valiente y altivo Otto, que la amaba también con toda su alma.

Merlin recorría las filas infundiendo entusiasmo á todo el mundo. Merecía efectivamente que los alemanes le llamaran el *Demonio del fuego*. Parecía estar en su elemento en la atmósfera de la batalla.

Los prusianos habían cesado de bombardear el reducto, y por aquella parte había ahora ese silencio solemnemente mortal que precede al asalto. El enemigo debía seguir sin duda el surco de su tercera paralela, y descubriéndose de repente, saltar con el arma blanca sobre el reducto. Con los fusiles cargados y las mechas encendidas le esperaban, y cuando asomó el primer batallón, la voz de Merlin fué la señal; hubo una carnicería espantosa.

La metralla hizo retroceder á la oleada de prusianos que se reunieron muy luego bajo el fuego de los voluntarios, y rodaron tumultuosamente hasta los cañones, escalando las faginas.

Los voluntarios se habían precipitado ya con la bayoneta calada. Miguel, con su apetito de heroísmo, penetraba en el batallón prusiano con la cabeza baja, como un toro que lucha, y hería como un ciego en el ruido y en el polvo. El ataque de los prusianos fracasó, y ya se retiraban en confusión por sus fosos para disponerse á un nuevo ataque, cuando los cañones de Merlin les desalojaron á toda prisa: se les veía corriendo y abrigándose detrás de las obras de tierra.

— ¡Viva Francia! exclamó una voz clara detrás de Miguel: ¡el reducto es nuestro!...

Y volviéndose, el voluntario distinguió un semblante pálido y demacrado, pero risueño, que reconoció inmediatamente. Era el emigrado Piennes, aquel compañero de camino abandonado, que quedó por muerto algunas semanas antes al borde de un barranco.

— ¡Cómo! ¿Estais vivo?

— Y tan vivo, gracias á Dios. ¿Con que al fin os encuentro? os he buscado por todas partes.

M. de Piennes, vestido con un uniforme semi-militar, procedente de algun pobre diablo, se quitó el sombrero y enseñó á Miguel la escarapela tricolor.

— Es vuestra escarapela, ciudadano, teniais razon, es la buena. Me la disteis, y la conservo.

Y volviéndose, enseñó á Miguel su cabello cortado.

— Ya veis que se acabó la coleta; estaba escrito que moriría sin la coleta del Real-Comtois. Un húsar prusiano me la cortó de un sablazo en el prado de Plo-mo. ¡Diablo! Ya me lo pagarán, añadió mostrando su fusil.

En aquel instante llegaba Merlin, seguido de Aubert-Dubayet y de Kleber:

— Necesitamos, dijo, diez hombres de buena voluntad. Los prusianos han instalado cerca de nosotros dos piezas de artillería que barren nuestro muro principal: preciso es arrojarles ó morir allí; ciudadanos, manos á la obra.

Unos treinta hombres salieron de las filas.

— Diez nada mas, dijo Aubert-Dubayet.

— Diez, repitió Kleber.

Los treinta hombres permanecían inmóviles.

— Pues bien, dijo Merlin designando á los que estaban mas cerca, los tomaré al acaso.

Y puso la mano en el hombro de M. de Piennes.

— Tú el primero.

— Gracias, ciudadano comisario, y vas á ver cómo se portan los antiguos nobles.

— Y tú el segundo.

Era Miguel.

Cuando hubo elegido diez, se pusieron en marcha con Brutus á la cabeza. Deslizáronse á lo largo de la muralla, salieron por la brecha, y una vez fuera de los

muros los diez voluntarios, corrieron con la bayoneta calada á los prusianos.

Ya casi tocaban á los cañones, cuando la batería hizo fuego.

— ¡A tierra! dijo Brutus.

El grupo heroico se arrojó al suelo, y levantándose despues lanzó un gran grito y se precipitó sobre las piezas. Los artilleros murieron al pié del cañón; Miguel saltó sobre ellos el primero con una especie de rabia.

— ¡Bravo, ciudadano! le dijo M. de Piennes que clavaba un cañón, sois un Aquiles... Pero habriase dicho que buscábais la muerte...

— ¡Quién sabe! exclamó Miguel.

Decididamente, Miguel se sentía invadido por un sentimiento singular: su amor crecía, llenaba su corazón, le absorbía enteramente. Ahora estaba sombrío, casi desesperado, y al cabo de una jornada heroica en que había visto la muerte de cerca, iba á mendigar una sonrisa de la señorita de Smeyer. La jóven le recibía con su encantadora bondad, sin descubrirse, y sin embargo, dejaba escapar su secreto en cada uno de sus ademanes, en cada una de aquellas miradas que Miguel no sabía comprender.

Una noche Miguel estaba á la ventana contemplando las estrellas, en tanto que Isabel, silenciosamente y con los ojos sobre un libro, parecía que estaba leyendo y no leía.

Aquella noche de verano, calorosa, á la vez espléndida y siniestra, era atrozmente dolorosa para Miguel, que se preguntaba si no se acabaría nunca. Cuando se padece se desearia poder acelerar la marcha del tiempo. Estar en mañana, es el deseo de todos los que sufren.

Ahora bien, mañana para Miguel y para el ejército, era el aniversario de la Federacion, el 14 de julio, el día patriótico y sagrado. Miguel se veía con el fusil al hombro corriendo á la Bastilla, que era preciso tomar, y luego acarreando tierra en el Campo de Marte con mujeres de sayas rayadas, con muchachas vestidas de blanco y adornadas con cintas tricolores, y trabajando en el altar de la Patria. ¡Qué de recuerdos en una fecha! ¡Y habían pasado ya cuatro años desde aquellas primeras fiebres! Aquellos deslumbramientos del pasado le hacían olvidar lo presente; pero poco á poco su pensamiento volvía á Maguncia, y se fijaba en Isabel, en Otto, en aquella jóven á quien no podía menos de amar, en aquel rival que no podía menos de aborrecer.

— ¡Ah, la muerte, sí, la muerte gloriosa, en medio del día, bajo una bala prusiana!

Y Miguel escuchaba el ruido incesante del cañón, y miraba en los aires el surco que trazaban las bombas, fugitivas claridades que rayaban con su fuego el cielo esmaltado de estrellas.

No oyó que Isabel se aproximaba, y así fué que se volvió vivamente y con una sonrisa de asombro, cuando la señorita de Smeyer, poniéndole con suavidad la mano en el hombro, le dijo:

— ¿En qué pensais, Miguel?

— En vos, respondió el jóven.

Estas palabras se escaparon, digámoslo así, de sus labios.

Isabel se sonrojó, y entrambos en aquella ventana, permanecieron un momento sin hablarse.

— Sí, prosiguió al fin Miguel, pensaba en vos, y entre tanto veía pasar por delante de mis ojos todos mis sueños de un día, irónicos y burlones, todos mis sueños felices, castigados, ahuyentados con una palabra... ¡Ah! ¡Soy muy desgraciado y padezco mucho!...

— ¿Creéis padecer solo, Miguel? dijo la jóven con una lentitud musical; el dolor es la suerte comun. Tenemos que resignarnos y cumplir con nuestro deber.

— Cierto, contestó Miguel haciéndose violencia. Y luego, al cabo y al fin, no hay mas desdichados que los que quieren serlo, los que sueñan, los que se forjan un porvenir imposible y piden á la vida lo que no puede dar. La vida es un sacrificio, no es un goce. ¡Ay de aquellos que, como yo, como tantos otros locos, reclaman!...

Miguel se detuvo y miró á Isabel, cuyas suaves miradas se clavaban en las suyas.

— ¿Y qué reclamais, Miguel? le preguntó.

— ¡Yo!... ¿Por qué no he de decirlo?... Sí, este cariño es sagrado y de los que pueden proclamarse á la luz del día... os amo Isabel... (La jóven no hizo un movimiento y continuaba mirándole). Os amo con toda mi alma. Os amo hasta el punto que cuando pienso en vos, me olvido de la república, por la cual sin embargo, busco la muerte. Os amo como un loco ¿pues cuál puede ser mi esperanza? Estais prometida á otro hombre... ¿Qué puedo yo pedir y esperar?...

— Mi afecto, dijo ella lentamente, mi amor de hermana y mi amistad. Os hablaba de deber, Miguel, y mi deber es la felicidad de Otto y de ese niño que no tiene madre... El sueño era... pero dejemos eso, no hablemos mas de mi sueño.

— ¡Cómo! exclamó Miguel fuera de sí; ¿qué habeis dicho? No, estoy loco... ¿no es verdad?

Isabel tenia en la mano uno de esos ramitos de no me olvides que florecen en el campo, y ofreciéndosele á Miguel, le dijo:

— Un día, no lo supisteis, os robé una cintita tricolor que habiais dejado caer aquí; os doy estas flores en cambio, pobres florecillas azules que no valen nada. Dice una leyenda nuestra que una jóven que se ahogaba, la Ofelia de nuestro país, arrojó algunas á su amante diciéndole: Wergeis-meinnicht, y ese es el nombre de la flor que quiere decir en alemán: No me olvides,

— ¡Ah! Lisbeth, Lisbeth, exclamó Miguel cayendo de rodillas, sois buena y ya puedo morir...

Las granadas se cruzaban en el cielo de verano, el cañón arrojaba á lo lejos su ronco mugido, y Miguel, ante el horizonte lleno de estrellas, permanecía prostrado con los labios en aquellas flores que le daban.

Otto apareció entonces y vió al voluntario de rodillas aun y á Lisbeth mirándole.

— Ciudadano, dijo en alta voz, las casas consistoriales están ardiendo y llaman á los soldados á apagar el fuego. En pié al instante.

Isabel se adelantó hácia Otto y le dijo con una dignidad altanera señalando á Miguel:

— Otto, este es mi hermano.

Miguel, pálido como un difunto, se fué hácia Otto y le dijo:

— ¡Adios!

— Hace tiempo sabia que la amábais, respondió Otto en voz baja, echando hácia atrás su cabellera rubia: ¿por qué adios?...

Y añadió con su voz armoniosa y melancólica:

— Podeis amarla; no será vuestra ni mia. La suerte no es tan clemente nunca.

IV.

Miguel salió feliz y descorazonado. Isabel le amaba y no había entre ellos dos otro obstáculo que el deber.

Sin Otto habría podido ser su esposa. Estaba como embriagado, y luego pensando en tantos obstáculos como se oponían á su felicidad, retrocedía. Sin embargo, ni un pensamiento de odio le ocurría contra aquel rival cuya grandeza de alma le imponía respeto. Miguel oía todavía aquella voz suave, triste, irresistible. Se habría sacrificado por él, pues admiraba á aquel jóven de aspecto afeminado que tenia en su corazón la energía del león.

El voluntario se volvió al cuartel y encontró á Scévola probándose un zagalejo de mujer, en tanto que Brutus Toussaint estudiaba un papel en un rincón. Con motivo de la fiesta de la Federacion los soldados debían representar al otro día el *Sitio de Lila*, la ópera que tanto se había aplaudido en Paris, y la *Caverna*, del ciudadano Lesueur. Brutus Toussaint estaba encargado de cantar á guisa de intermedio « la canción del salitre. »

— El ciudadano Toussaint será mañana un cantante, dijo á Miguel. Escúchame, mozalbete.

Y con voz de bajo entonaba un estribillo popular que oía á pólvora desde una legua:

Para visitar en barco á Pitt

Lo que necesitamos es salitre.

Miguel se tendió en un camastro, teniendo aun en su mano calenturienta el ramito de flores.

El otro día era domingo. Los dos ejércitos habian concluido un armisticio de algunas horas, y con este motivo había fiesta en las dos márgenes del Rhin. Los granaderos daban su función teatral y la muerte descansaba un poco.

En tanto que Scévola, vestido de diosa de la Libertad, recitaba versos de María José Chenier, los aliados, austriacos y prusianos, disparaban cañonazos para celebrar la toma de Condé.

— Cañones sin balas, decían los soldados, pólvora en balde.

Y cantaban.

J. C.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Tenemos que confesar que nos habíamos apresurado demasiado á cantar victoria, cuando anunciamos que el invierno actual se había olvidado de sus tradicionales rigores. De una semana á otra el cambio ha sido grande: de repente el termómetro comenzó á hacer de las suyas y á la hora en que escribimos marca ya seis grados bajo cero. No había pasado un día desde que se advirtió este cambio tan notable en la temperatura, cuando ya los aficionados que estaban al acecho preparados con sus abrigos de pieles y sus patines, se dirigieron en masa al bosque de Boulogne á fin de inaugurar sin pérdida de tiempo sus ejercicios favoritos. El domingo la reunion era tan numerosa como brillante en los lagos y á sus orillas, pues una inmensa parte de la población de Paris había acudido al espectáculo con toda la animación con que se va á una fiesta. El ferro-carril, los ómnibus, los coches particulares, nada podía dar abasto á tan innumerable cantidad de gente. Verdad es que el tiempo estaba hermoso, no obstante el frío: un sol radiante bañaba con sus rayos la tersa superficie de los lagos en los que se cruzaban en todos sentidos los patinadores.

Este ejercicio del patin no es en Francia otra cosa que una diversion de algunos días, pero está bastante generalizado en todas las clases. La sociedad elegante tiene el lago del Círculo de los patinadores, donde se dan las grandes fiestas nocturnas de que en otras ocasiones hemos hablado en estas revistas, y que se repetirán en la temporada actual, si es que el termómetro se decide á permanecer esta-

cionario durante algunos días; luego para el comun de los mártires ahí están los lagos públicos del bosque de Boulogne y de Vincennes, y para los ejercicios mas en pequeño se aprovecha todo, el canal de San Martin y los grandes pilones de las fuentes de Tullerías y el Luxemburgo.

Muchos son los patinadores en estos diferentes sitios, pero á decir verdad, mayor es el número de los que se contentan con asistir al espectáculo que no carece de peripicias divertidas. ¡Qué de encontrones, y resbalones y tropezos! Las señoras, por lo regular, cruzan el hielo en sillones que va empujando un patinador experto, y el único percance á que se exponen es el de las averías que el frio excesivo suele causar en un cútis delicado. Pero este es el menor de los inconvenientes: ahí están los cosméticos y preparaciones de Guerlain que preservan el rostro y neutralizan despues los efectos de esas averías. Lo que se cura mas difícilmente son los golpes que se reciben en las caídas sobre el hielo, y que provienen naturalmente de la falta de experiencia que requiere tan peligroso ejercicio. Sin embargo, como la moda inexorable quiere que todo elegante se calze el patin y se aventure por la helada superficie de los lagos, preciso es obedecer, cueste lo que cueste.

¿Hablares ahora de las diversiones nocturnas de la semana? Las noticias de estas fiestas son monótonas: todo se reduce á ponderar el brillo del último baile de palacio, del que tuvo lugar en este ó el otro ministerio, en el Senado, en las casas particulares. No obstante, diremos que á pesar de la proximidad del carnaval no ha habido en la semana abundancia de bailes, sobre todo de máscaras: parece ser que este año no están en moda. En cambio se ha introducido la costumbre de hacer como en Compiègne cuadros animados y especialmente de representar charadas. Esta diversion es poco costosa, y por lo tanto no extrañamos que tienda á generalizarse.

En otro orden de cosas reclaman tambien nuestra atencion las actualidades de la semana.

En la Exposicion de la Situacion del Imperio presentada como es costumbre, al principio de la legislatura, hallamos diferentes capítulos que contienen datos de interés para la crónica.

En primer lugar, respecto de la prensa periódica, vemos que las últimas modificaciones introducidas en la ley por que se rige, como verbigracia, la supresion de la autorizacion previa, y la reduccion del derecho de timbre, han producido un aumento considerable de publicaciones políticas en Paris y en los departamentos; y por el contrario ha disminuido el número de las que no lo son, sobre todo en la capital.

Tomemos nota de los guarismos.

El 31 de octubre de 1867, el número de diarios políticos publicados en Paris subia á 74 y á 310 en los departamentos.

Ahora bien, un año despues, el total de estos mismos diarios, al cabo de muchas variaciones, ascendia á 82 en Paris y á 398 en los departamentos.

Del 31 de octubre de 1867 al 11 de mayo de 1868 (fecha de la última ley sobre la prensa), el gobierno ha autorizado la creacion de 7 diarios políticos, y del 11 de mayo al 31 de octubre de 1868, se han declarado en la prefectura de policia 34 periódicos políticos, total 41, de los cuales 20 no se han dado á luz aun, ó han dejado ya de existir.

En los departamentos, entre los nuevos diarios, 11 se publicaron antes de la ley de 11 de mayo y 77 desde esa época.

El 31 de octubre de 1867, el número de periódicos no políticos publicados en Paris era de 886 y de 725 en los departamentos.

En la misma fecha de 1868, el número total de estos mismos periódicos era de 606 en Paris y de 785 en los departamentos.

Finalmente, del 31 de octubre de 1867 al 31 de octubre de 1868, se han declarado en Paris 291 periódicos no políticos nuevos.

En el ramo de imprenta y librería la situacion se ha modificado algun tanto. Atendiendo á la necesidades de instruccion y de lectura que se manifiestan mas y mas cada dia, el gobierno ha concedido un número considerable de patentes, creando así 377 librerías nuevas, de ellas 221 en Paris. Además se han abierto 80 imprentas litográficas ó de impresiones sobre acero, y en cuanto á los establecimientos tipográficos se han fundado 36 mas en los departamentos.

Sin embargo, la actividad del trabajo en estas imprentas no ha correspondido á las medidas que se habian tomado para estimularla, y la produccion nacional no ha tenido aumento. Por lo que hace á las obras procedentes de las naciones extranjeras, ha habido menos en el año último que en 1867.

Los teatros no están olvidados en este cuadro, y hé aquí textualmente lo que sobre ellos dice la Exposicion de la Situacion del Imperio:

« El año de 1867 habia sido muy favorable á los teatros de Paris, á consecuencia de la inmensa cantidad de visitantes que llamó la Exposicion universal de todos los puntos de la Francia y de los países mas remotos; y era de temer que por una reaccion natural, como ya la curiosidad no estaba excitada por atractivos excepcionales, la prosperidad de estos establecimientos disminuyera sensiblemente.

» El gobierno abrigaba sobre este punto recelos legítimos que en parte se han realizado. Tres escenas importantes no pudieron luchar contra la mala fortuna, y principalmente

el Teatro Lírico que vió un instante comprometida su existencia, á pesar de los socorros del Estado, á pesar de los esfuerzos de una direccion inteligente y artistica, á pesar, en fin, de los grandes triunfos que le habian conciliado el favor del público y merecido el apoyo de la administracion.

» Sin embargo, esos teatros han vuelto á abrir sus puertas y libres ya de las cargas del pasado, los nuevos empresarios parecen hallarse en situacion de poder sostenerse honrosamente.

» En medio del último verano, el Teatro Francés interrumpió tambien sus funciones durante un mes para que se pudieran ejecutar en el interior de la sala útiles y agradables embellecimientos; pero entre tanto la compañía salió á provincias donde continuó sus representaciones alcanzando brillantes triunfos en varias de las principales ciudades del imperio.»

El documento oficial de donde extractamos estas noticias no habla de las obras de Paris, porque este capítulo pertenece á las atribuciones del prefecto del Sena; y sin embargo, ¡qué cuadro tan interesante seria este! Lejos de disminuir, las demoliciones continúan que es un portento y ya no les cabe duda á los habitantes de la capital que se trata de construir un Paris enteramente nuevo.

¡Adios, historia local, los cronistas te están recitando ya la oracion fúnebre! A cada barrio que desaparece se le aplica su leyenda, y despues en lugar de los edificios á que se refieren las crónicas se alza ese caserío monumental de aspecto tan bello, pero tan monótono en su uniforme belleza.

Para el trazado de la nueva calle de Beaumur, se están destruyendo ahora una porcion de casas en las calles de las Colones y de las Filles-Saint-Thomas que han desperdido recuerdos, algunos de ellos bastante singulares.

En la esquina de la primera de esas dos calles y de la calle Feydeau habia, junto al teatro del mismo nombre, un cafetillo fundado por un tal Bethout, que durante la revolucion fué portero en la calle de Saint-Honoré en la misma casa donde vivia Robespierre. Este hombre murió envenenado, sin que jamás se haya podido averiguar si su muerte fué accidental ó si fué debida á un crimen.

En la casa núm. 8, vivió durante largos años una casamentera que se anunciaba continuamente en los periódicos; en tanto que en la de al lado habitó M. Bully el inventor del vinagre que lleva su nombre y que murió en la miseria.

La casa núm. 9, tuvo por inquilino en 1844 y 1845 al famoso la Hodde, agente secreto de la prefectura de policia que habia buscado allí un refugio ignorado de todos, mientras su domicilio ostensible estaba en la calle de Nuestra Señora de las Victorias.

Habia en esas mismas casas reducidas hoy á un monton de ruinas, otro café fundado por un pariente del regicida Quevisset, en cuyo establecimiento, otro agente de policia no menos célebre, llamado Vidoq, se apoderó del falsario Chambreul, que se suponía director de la policia de palacio.

La crónica anónima de donde tomamos estos apuntes señala otras curiosidades de ese barrio, históricas y anecdóticas, que se leen con interés en Paris, donde hay la aficion que en todas las ciudades del mundo á los recuerdos locales.

Hace algunas semanas hablamos á nuestros lectores de la desaparicion de M. de Archiac, miembro del Instituto, profesor del Museo de historia natural, cuyo paradero se ignoraba desde el 23 de diciembre, habiendo sido infructuosas cuantas investigaciones habia hecho la policia para encontrarle.

Ahora bien, esta semana unos marineros han sacado del canal de San Martin el cadáver de un hombre, que parece ser el del infortunado naturalista, cadáver, que segun el testimonio de los facultativos, ha debido permanecer mas de un mes en el agua y no ofrece exteriormente ninguna señal de violencia.

Las ropas que llevaba son las mismas con que salió de su casa M. de Archiac, único indicio por el que se establece su identidad, pues sus facciones están desconocidas.

Entre los papeles que llevaba en los bolsillos habia algunas cartas que por su larga permanencia en el agua no pueden leerse completamente, y solo se sacan en limpio algunas palabras sueltas en que se habla de maquinaciones infernales, de deshonra, de la necesidad de morir por causa de tanta desgracia.

Es de creer que la lamentable historia que estas palabras anuncia se pondrá mas en claro, pues hay muchas personas que se interesan en penetrar el misterio de la muerte de un hombre que parecía vivir contento y dichoso.

Antes de echar ahora nuestra ojeada de costumbre á los teatros, vamos á copiar á continuacion una lista instructiva para los empresarios de ópera italiana que se duermen con inexcusable apatía en el repertorio conocido, sin acordarse de que en Italia hay siempre compositores que producen al año cierta cantidad de partituras, entre las cuales seguramente deben contarse algunas dignas de ser ejecutadas en otros teatros que los de la madre patria. Hé aquí la lista que tomamos de los diarios musicales:

- 1 *La Tombola*, ópera bufa, de Cagnoni, representada en Roma.
- 2 *Nadilla*, id., de Buggio, en Nápoles.
- 3 *Piero de Padova*, ópera seria, de Fiori, en Milan.
- 4 *Lerose*, ópera bufa, de D'Armenzo, en Nápoles.

- 5 *Don Asdrubale*, id., de Carlo Graffeo, en Palermo (1).
- 6 *Rosmunda*, ópera seria, de Gualdini, en Florencia.
- 7 *Mefistofle*, id., de Boito, en Milan.
- 8 *Le false apparenze*, ópera bufa, de Zescevic, en Trieste.
- 9 *L'arco di Sant'Anna*, (2) ópera seria, de Noronha, en Lisboa.
- 10 *Bianca de Rossi*, id., de Amadei, en Bari.
- 11 *L'educande di Sorrente*, ópera bufa, de Usiglio en Florencia.
- 12 *Don Properzio*, id., de Ticci, en Siena.
- 13 *Cuor di madre*, ópera seria, de Alberti, en Nápoles.
- 14 *Faustina*, id., de Bernardi, en Lodi.
- 15 *Don Pedro*, id., de Drigo, en Pádua.
- 16 *Il Paggio del duca di Savoja*, id., de Zonghi, en Tolentino.
- 17 *La Schiava greca*, id., de Pintoglio, en Bergamo.
- 18 *Enrico di Guisa*, id., de Nascimbene, en Stradella.
- 19 *Gli artisti alla Fiera*, ópera bufa, de Lauro Rossi, en Turin.
- 20 *Il Barbieri de Siviglia*, id., de Dall'Argine, en Bolonia.
- 21 *Alda*, id., de Ventura, en Bolonia.
- 22 *Frossini*, id., de Carrer, en Zante (3).
- 23 *Il Figliuol prodigo*, ópera seria de Serrao, en Nápoles.

Parécenos que no falta en donde escoger, sobre todo cuando es sabido que varias de estas óperas han obtenido grande aceptacion en Italia. Pero no hay cuidado que salgamos de Rossini, Donizetti y Bellini: ni aun siquiera nos es dado aspirar á las últimas producciones de Verdi, el único compositor contemporáneo de la generacion actual, cuyas obras se representan en todo el mundo.

La novedad mas notable de la semana en los teatros de Paris, ha sido una revista de los aplaudidos autores Clairville y Siraudin, titulada: *le Mot de la fin*, que ha obtenido un brillante éxito en el teatro de Variedades.

Ya saben nuestros lectores lo que es una revista: es una serie de cuadros en los que desfilan cómicamente los hombres y las cosas que en todo el año trascendido han llamado mas la atencion y han estado mas en moda.

Nada mas entretenido que estos panoramas, cuando están hilvanados por autores de chiste y ejecutados por cómicos de talento como los que componen la compañía de Variedades.

Entre los cuadros mas aplaudidos, hay el que figura el nuevo mapa de Europa. La linea del Rhin, las nieves de los Alpes, las fronteras naturales, de todo esto trata con mas ó menos rodeos la actriz Mlle. Garait, que representa la dicha carta geográfica.

Hay en el bulevard cerca del Jockey-Club una vendedora de periódicos que ha caido en gracia á la juventud dorada, y que recibe las monedas de veinte francos mas abundantemente que se reciben los sueldos en otros kioscos. Ahora bien, esta heroína aparece en la escena, y rechaza con malos modos una moneda de plata, tanto mas cuanto el comprador que se la ofrece se atreve á reclamar la vuelta.

Luego vienen las imitaciones de los distintos actores de Paris en las piezas que han tenido mas boga, lo que forma siempre la parte mas divertida del espectáculo, y esta serie de parodias tiene lugar ante un destacamento de la nueva guardia móvil, brillante batallon que maniobra con una precision y una destreza admirables.

Podriamos continuar citando cuadros; pero por los que acabamos de señalar, tendrán nuestros lectores una idea de lo que son estas revistas, que cuando llenan las condiciones referidas ya, agradan extraordinariamente al público parisiense.

MARIANO URRABIETA.

Los indios de los Estados Unidos.

(Continuacion. — Véase el N° 837.)

No, los indios no son crueles; pero sobre esto se necesitan explicaciones. Entiendo yo que no lo son mas, que quizás lo son menos que ciertas naciones civilizadas. Si pueden contarse de ellos acciones que hacen estremecer, penetrando en el fondo de las cosas se descubre que casi siempre son actos de represalias. ¡Cuántas agresiones odiosas, cuántas violencias injustificables y cuántas infames traiciones no han debido sufrir esas desdichadas tribus. Citaremos solo un ejemplo.

Luis XIV necesitaba remeros para las galeras de su flota de Marsella, y en 1685 pidió á M. de la Barre, gobernador del Canadá, que le enviase prisioneros iroqueses; mas como á la sazón habia paz entre la confederacion india y la Francia, M. de la Barre no pudo satisfacer aquel deseo. Menos escrupuloso fué su sucesor M. de Denonville. En 1687 mandó á decir á los principales iroqueses que tuviesen á bien tomar parte en una conferencia diplomática en el fuerte de Frontenac. El P. Lamberville, misionero entre los onondagas, fué encargado de convocar á los jefes, que apenas llegaron al fuerte quedaron prisioneros y fueron despa-

(1) Esta ópera se representó en el Real colegio de música del Buón Pastore

(2) Aunque es de un compositor extranjero y representada fuera de Italia, se pone entre las óperas italianas, por haberse compuesto expresamente para el Teatro Italiano.

(3) Esta ópera fué representada en un teatro extranjero, pero es obra de un compositor italiano.

chados á Marsella. Faltan palabras para calificar un acto semejante, que quizá no habrían cometido las poblaciones mas brutales de Africa. El caso es que llamaba y justificaba todas las venganzas posibles, y con efecto, los iroqueses se vengaron. Lo hicieron cruelmente, convenido; pero ¿quién se atrevería á sostener que no tenían el derecho de su parte? Y sin embargo, por indigna que hubiese sido la provocacion que les habia puesto las armas en la mano, en el primer momento no les hizo injustos.

El P. Lamberville, que ignoraba la traicion de que habia sido instrumento, habia permanecido entre los onodagas. Los sachems, miembros del gran consejo de esta tribu, le hicieron comparecer á su presencia, y el orador del consejo le dijo:

— No se puede negar que nos asisten todas las razones para tratarte como enemigo; pero *no podemos resolernos á ello*. Te conocemos demasiado para dejar de estar persuadidos que tu corazon no ha tenido parte en la traicion. Huye pues, porque no todo el mundo te haria aqui la misma justicia que nosotros. Cuando una vez nuestros mancebos hayan entonado el canto de guerra, no verán en tí sino un pérfido que ha entregado á nuestros jefes á una dura é indigna servidumbre y no darán oídos sino á su furor...

Y al punto los sachems dispusieron la fuga de P. Lamberville. Los guias que le dieron le llevaron por caminos extraviados y no le abandonaron hasta que estuvo ya fuera de peligro.

¿Qué decir de una conducta semejante? ¿Quiénes fueron aqui los mas crueles y los mas salvajes? Seguramente, no se puede decir que fueron los Pieles Rojas. Mucho temo que sea lo mismo, remonándose á las primeras relaciones de entrambas razas, indigena y europea, cuando la colonizacion de la América del Norte.

IV.

Con efecto, por do quiera que los ingleses se instalaron en el territorio actual de los Estados Unidos, fueron acogidos con benevolencia por los indigenas, y por todas partes tambien su conducta con estos últimos fué tan cruel como ingrata.

En 1703 se dió una ley declarando á todo indio incapaz de poseer á título de propietario; de comprar sirvientes cristianos, de desempeñar un empleo cualquiera y hasta de dar testimonio en justicia. La misma ley proscribía rigorosamente la mezcla de razas. Y sin embargo, una princesa india llamada Pocahontas, que salvó la colonia inglesa de Virginia, se casó con el capitán Rolfe, del que tuvo un hijo único, tronco de la familia Randolph, una de las mas ricas y consideradas de la colonia, de la que provienen por linea femenina otras muchas familias aristocráticas.

La Inglaterra es una potencia invasora. Comienza por poner el pié y luego se va sentando poco á poco, y una vez instalada extiende los brazos en su derredor. Sabido es cómo se formó el actual Estado de Rhode-Island. Los anabaptistas de Nueva Inglaterra, perseguidos por los puritanos de los Massachussets, fueron á refugiarse entre los Narragaussets, los cuales les recibieron como hermanos, y les cedieron poco menos que gratuitamente todo el territorio que ocupan. ¿Dónde están en el día los Narragaussets y cuántos quedan de ellos? Habitan en las inmediaciones de Charlestown, apenas son 200, poseen 900 acres de terreno, y cuentan la honra de una mencion especial en la Constitución que contiene este lacónico pasaje: « No Narragausset Indian can vote... »

Recordemos tambien la bárbara expulsion de los Cherokees, todos cristianos y civilizados que tenían una constitucion escrita y un periódico publicado en su lengua y en inglés. Estos vivian en los límites de los Estados de Georgia, Tennessee y Alabama, y como sin cesar les atacaban los Estados circunvecinos, reclamaron la intervencion del poder federal y le presentaron tratados concluidos con el gobierno por la presidencia de Washington. Era en 1835, época en que el Sur estaba predominante, y así fué que el gobierno declaró á los desdichados indios que no queria mezclarse en sus contiendas con la Georgia y sus aliados; mas en cambio les ofreció unas tierras que ocupan actualmente al Oeste del Arkansas, y que forman parte del territorio indio, al que tambien han rechazado despues á los Creeks, los Seminole, los Choelaws, los Chikasaws, una parte de los Potowatomies, etc. Unicamente se libraron de esta trasportacion en masa los pocos indios que hay en Nueva Inglaterra y en el Estado de Nueva York.

De 1835 á 1850 se ha establecido como un axioma que los blancos tenían derecho para arrojarse á todos los indios de la orilla izquierda del Misisipi y acantonarlos en la orilla derecha, porque solo el cultivo da derecho á la propiedad de la tierra, y que nadie puede considerar el derecho de caza como constitutivo del de propiedad. Mal recibirían á estos teóricos en la madre patria si predicaran allí su doctrina, pues de los 459 pares del Reino Unido, apenas 60 toman parte en los trabajos de la Cámara, segun dice la *Revista de Ambos Mundos* del 1º de setiembre de 1868; y sabido es que entre los ausentes muchos de ellos mantienen en coto millares de acres de terreno para que se crien allí los zorros, en cuya caza se divierten.

Apresurémonos á decir que desde 1850 el gobierno americano ha cambiado de conducta con las tribus indias. El Congreso ha resuelto que todo indio perteneciente á una banda ó tribu que haya tratado con

los Estados Unidos, recibe en toda propiedad, si desea aceptar las costumbres de la vida civilizada, una parte de las tierras de su tribu, cuyo agente y superintendente le protegen en sus derechos de propiedad. Las uniones legítimas entre blancos é indios, proscritas en otro tiempo son cada dia mas frecuentes. Una cosa nos parece chocante y es el ver que los mas distinguidos jefes de la raza india toman los nombres ingleses. Seria de desear que todo indio civilizado se envaneciese con el nombre de su tribu, como hacen los indios del Canadá, que no imitan en esto á los de los Estados Unidos, segun pudimos ver en el catálogo de la Exposicion universal de 1867.

Sea como quiera, en la actualidad los Estados particulares y el gobierno central rivalizan en benevolencia con las Pieles Rojas. Desgraciadamente los simples particulares no profesan aun esos nuevos sentimientos de justicia y humanidad. Muchos blancos de las fronteras del Oeste han conservado las ideas injustas y violentas de sus antepasados, y con sus fechorias que irritan sin cesar á los indios, provocan represalias que producen continuamente nuevos conflictos. En 1866 los Estados Unidos tenían que luchar contra los Arrapohes, los Chayennes, los Comanches, los Kayowais y los Apaches, naciones

del Sur de las praderas por una parte, y por otra contra los Sioux y los Cuervos, naciones del Norte; y las provocaciones de los colonos de las fronteras habian entrado por mucho en las causas determinantes de aquella guerra. En octubre de 1867 se firmó en el fuerte Laramie un tratado con las cinco primeras naciones; y como las dos últimas se habian negado á hacer la paz, el gobierno solicitó la intervencion del misionero Smet que, acompañado de un intérprete llamado Gulpin, casado con una india, y buen católico, consiguió decidir á los Cuervos y á los Sioux, á concluir tambien un tratado de pacificacion que se firmó en el fuerte Sully, en el Dacotah,

el 12 de julio último. Sin embargo, luego ha habido nuevas hostilidades. Los pormenores que han llegado á nuestra noticia no son claros, y no nos consta que las injusticias de los blancos no hayan causado otra vez el rompimiento. Grandes crueldades se han cometido por ambas partes, y no obstante, hay diarios americanos, *horresco referens*, que predicán abiertamente el exterminio de esa raza.

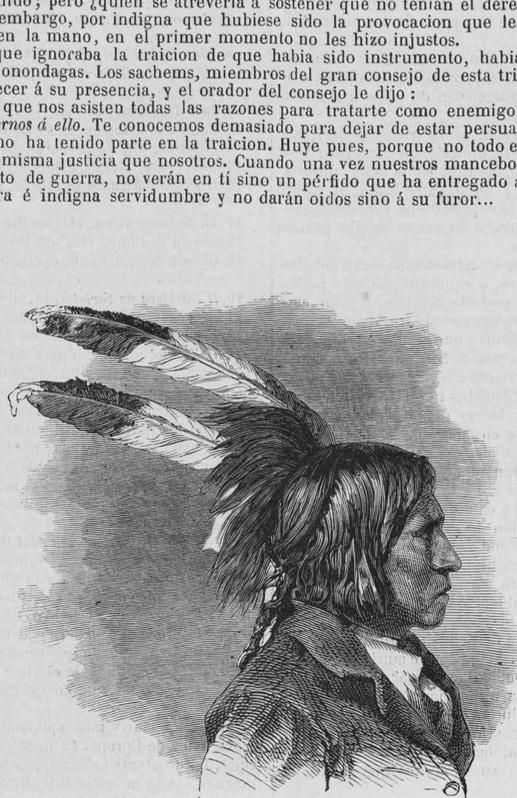
Eso de exterminar se dice pronto. Segun el cálculo de M. Hutington, superintendente de los asuntos indios en el Oregon, se necesitan diez buenos soldados contra un indio para hacer la guerra con ventaja, y cada indio prisionero ó muerto le cuesta al gobierno cuando menos cincuenta mil dollars. Es mucho dinero y mucha sangre lo que se necesita: no hay duda que la Union es bastante poderosa y fuerte para alcanzar ese objeto; pero ¿se atrevería á asumir ante la historia, la historia del siglo XIX, la responsabilidad de una ejecucion tan execrable? No puedo creerlo. Así es que seguramente no se trata de exterminar la raza india, sobre todo habiendo otra cosa que hacer y que nada costaria. ¿Qué medio es ese? Lo diré y será la conclusion de este trabajo; pero antes debo poner al lector en guardia contra las ideas difundidas, no me atrevo á añadir de intento, sobre la rápida desaparicion de las razas encarnadas.

V.

Nada menos cierto que esta desaparicion.

¿Qué dicen los adversarios de los indios? El *Estandart*, citado por el *Galignani's* del 7 de setiembre de 1868, supone que en las estadísticas de los Estados Unidos consta que en los diez últimos años han disminuido en mas de 300,000. Si esta aseveracion es exacta, como aun quedan 330,000 indios, en los Estados Unidos, quiere decir que hace diez años habia 730,000. Ahora bien, en el *American-Almanach* de 1860 se lee lo siguiente: « El número de los indios comprendidos en los límites de los Estados Unidos en 1853, se calculaba por el comisario de los asuntos indios en 400,764... » La cifra es forzosa; pero aun admitiéndola y comparándola con la de los indios que existen actualmente en los Estados Unidos, resultaria que la disminucion no ha sido mas que de 50,000, y que el *Standart* ha exagerado cinco sextas partes. Mas la asercion no es exacta. En la época del descubrimiento de América, los indigenas que habia en el territorio de los Estados Unidos ascendían á unos dos millones. Seguramente han disminuido mucho, pero no en los últimos tiempos, pues la casi desaparicion de ciertas tribus tiene de fecha mas de un siglo, y en estos últimos diez años lejos de haber disminucion hay aumento.

Despues del *Standart* viene M. Simoin, quien en su opúsculo titulado: *Una excursion entre los Pieles Rojas*, dice que los Hurones, los Iroqueses y los Natchez han desaparecido completamente. En lo que toca á los Natchez es verdad, todos han sido decollados, y sabido es cómo y por quién; pero aun quedan iroqueses en los Estados Unidos y el Canadá. Hemos probado que todavia quedan unos 11,000, y en caso necesario esta cifra se confirmaria con las lineas siguientes de monseñor Laverlochère que he revelado yo en el número de enero de 1832 de los *Anales de la Propagacion de la fe*: « La temible nacion de los Iroqueses casi ha desaparecido tambien, pues apenas cuenta en el día de 5,000 á 6,000. » Ahora bien, el sabio misionero solo se refiere á los Iroqueses del Canadá, y



Tipo de Dacotah Sioux.



Ki-we-i-ka (el Toro búfalo) jefe de la tribu de los Pawnees-Warrior.

Jefe de la tribu de los Potowatomies

We-go-sa-pi, (el Látigo), jefe de los Poukabs.



Sa-tang-ka-ti-Ya-Kang (el Toro que corre) jefe de la tribu de los Yankton Sioux.



Jefes de la tribu de los Dacotah Sioux.

Janet Lange

como la mitad de la nación está en el territorio de los Estados Unidos, hay que doblar la cifra, en cuyo caso concuerda con la mía. Los Iroqueses no han desaparecido pues completamente, como lo afirma M. Simonin, lejos de eso, así como tampoco han desaparecido los Hurones.

En apoyo de esta verdad diremos que hay Hurones en el pueblo de Loreto el Nuevo, cerca de Quebec, en las islas Malitulinas del lago Huron y en el Kansas, donde llevan el nombre de Wiandotes. Seguramente falta la analogía entre este nombre y el de Huron; mas ¿no falta también entre los nombres de germano, alemán y teutsch, que tienen los habitantes de ultra-Rhin, según quién los designa, los ingleses, los franceses ó ellos mismos?

Por lo demás, no es nueva la afirmación de M. Simonin en lo que respecta á los Hurones. En el *Dictionnaire de Trevoux* de 1752 se lee: « El P. Enrique, recoleto, asegura que los Iroqueses han destruido casi enteramente á los Hurones... » Y en los *Anales de la Propagación de la fe*, número de enero de 1652 ya citado, se encuentran estas líneas: « La nación de los Iroqueses ha exterminado á la gran familia de los Hurones, de los cuales el último murió hace dos años á pocas leguas de Quebec... » Con el último huron sucede como con el último marinero del *Vengeur*, que durante diez años todos los meses ha muerto en cada una de las poblaciones del litoral breton. El Huron de que se trata habitaba en Loreto el Nuevo, parroquia hurona de 400 almas situada á tres leguas de Quebec, y no era el último, sino uno de los últimos Hurones que hablaba la lengua hurona, lo que es muy diferente. Sin embargo, sus habitantes enseñan aun á los viajeros, con cierto orgullo, un sacristan que habla algunas palabras de huron, lenguaje desconocido entre ellos. Así pues, los Hurones, que dicen han desaparecido enteramente, son aun 400 en Loreto. Las islas Malitulinas tienen 400 y el Kansas 500, lo que hace un total de 1,300. Así se escribe la historia.

Repito que la raza encarnada ha menguado de un modo espantoso; pero en una época remota ya, y á ese periodo sucedió un intervalo, después del cual ha venido el aumento que se nota en el día. Esta es la verdad, el punto importante. M. Rameau, autor de una historia del Canadá, me ha dicho que en Caughnawaga, la mas célebre de las villas iroquesas, que encierra una población de 1,600 habitantes, el excedente de los nacimientos sobre las defunciones fué en 1858 de 53, y en 1859 de 25; y que en 1860, en cuyo año hubo en la población una espantosa epidemia, el guarismo de los nacimientos está sin embargo al nivel del de las defunciones. También se lee en el *Annual Report of Indian Affairs*, publicado en Washington en 1865: « Por las comparaciones que he podido hacer en vista de los censos durante un periodo de mas de quince años, parece que se produce un ligero aumento en la población india del Michigan... » Vemos pues que las razas encarnadas lejos de disminuir en estos últimos tiempos en las proporciones que se supone, se han aumentado por el contrario y tienden á aumentarse mas y mas. Para mí en esto no cabe duda, es un hecho cierto. ¿Y se elegiría este momento para exterminar á los indios? No es posible.

¿Qué se debe hacer, pues?

VI.

Las naciones acantonadas en el territorio indio del Oeste del Kansas, Cherokees, Creeks, Chotaws, Osages, Chikasaws y Potowatomies, son todas mas ó menos civilizadas. Los Cherokees y los Creeks tienen constituciones parecidas á las de los diversos Estados de la Union. Según los documentos insertos en el *National Almanach*, estas diversas naciones forman una población de unas 65,000 almas.

¿Por qué no se erige en Estado ese territorio?

Quizás se nos dirá que es imposible formar un Estado único con siete ú ocho tribus que hablan, cuando menos, cinco lenguas diferentes; pero á esto responderemos que no se trata de fundir esas diversas nacionalidades en una república indivisible, sino de hacer con ellas una república federal que, múltiple en el interior, sería una en el exterior, á los ojos del Congreso de la Union, adonde enviaria desde luego dos senadores y un diputado.

Ignoramos las modificaciones que desde 1848 ha podido sufrir el canton suizo de los Grisones; pero lo cierto es que en otro tiempo era una verdadera confederación de tres repúblicas federativas que tenían dos religiones y hablaban tres lenguas. Mas aun: una de esas tres repúblicas, la *liga gris*, contenía ella sola las dos comuniones y hablaba las tres lenguas, alemana, italiana y romanche.

El nuevo Estado indio tendría una Constitución mas sencilla que la de los Grisones. Con tal que el gobierno sea republicano, poco importa á los Estados Unidos que sea unitario ó federal.

Por lo demás, hay un hombre cuya mano facilitaría mucho la tarea, y es el coronel Parker, ya citado. Puesto que es ciudadano americano; puesto que por su origen indio pertenece á la raza del nuevo Estado que se trataría de constituir, sin que le puedan acusar de parcialidad en favor de una ú otra de las diferentes nacionalidades ¿por qué no se le nombraría gobernador del territorio organizado y tendría en calidad de tal la presidencia del Congreso indio, encargado de votar una contribución?

Las diversas tribus del territorio indio tienen entre sí tratados de extradición y mantienen embajadores unas cerca de otras. Aquí existe pues el germen de una organización federal que no habia mas que desarrollar convenientemente. Que un solo Estado indio añada una estrella á la bandera americana, y los detractores de la Union quedarán reducidos al silencio.

— Las dos primeras partes de nuestro trabajo estaban publicadas ya cuando los diarios americanos nos han traído las noticias mas interesantes sobre la guerra que dura hace dos años con fracciones de tribus que no han aceptado las condiciones de la paz firmada en el fuerte Laramie, y despues en el fuerte Sully.

Ahora bien, esta guerra puede darse por terminada con la gran victoria de Washita alcanzada por el general Castar. El 26 de noviembre último, el general Castar á la cabeza de un regimiento de caballería y de un destacamento de exploradores Osages, encontró las huellas de una partida de indios en el punto de intersección de la frontera de Tejas y del rio Canadá, y el día siguiente se trabó una lucha, en la cual salió completamente derrotado el enemigo. Próximamente hablaremos de este hecho de armas que tiene para los Estados Unidos las proporciones de un importantísimo acontecimiento, y sacaremos de él mas de una razón en apoyo de las consideraciones que hemos expuesto.

R. DE S.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

Luego que salió el cura, preguntó don Demóstenes por su discípula, y doña Patrocinio le señaló el escondite con los ojos y la boca, y entrando el caballero á la alcoba, encontró á Manuela con la cabeza debajo de la almohada, y retirándose con sumo respeto, le dijo:

— ¿Por qué te escondiste, majadera?

— Por la vergüenza que me dió de que me hubiera visto el señor cura dando brincos como una loca.

— ¿Y vergüenza por qué?

— ¿Luego no sabe que es el que nos dirige?

Don Demóstenes salió á la calle con dirección á la casa del cura á recibir unas plantas de curare y de pioña para su colección de curiosidades, y Manuela siguió cantando y aplanchando.

X.

DOS VISITAS.

Don Demóstenes habia dado en la idea de que estaba enamorado de Clotilde, y bajo este supuesto procedía en todas sus acciones. La contestación de su carta no le agradó, y resolvió hacerle una visita. Se proveyó de municiones, y sin olvidar la peinilla ni el espejo emprendió la marcha en dirección al Retiro, acompañado de su fiel Ayacucho, siguiendo por gran trecho el mismo camino que habia llevado de Bogotá á la parroquia; pero no muy confiado en las señas que le habia dado la señora Patrocinio, porque no siempre se retienen en la memoria instrucciones de esta clase. Una lengua habia caminado, cuando vió venir por el mismo camino que él llevaba, un estanciero con un garrote en la mano, seguido de una mujer agobiada, según parecía, por una maleta que llevaba á la espalda, compuesta de hojas de plátano entre una mochila de mallas. Don Demóstenes seguramente se dolió de ver la suerte de la pobre estanciera, porque exclamó en palabras bien claras y retumbantes:

— ¡Que se revistan ellas de sus derechos políticos y lo veremos! ¡Agobiada ella con una carga enorme, y él muy fresco con su garrote en la mano!

Ayacucho se habia adelantado unos pasos y tratando de examinar el contenido de la mochila de la estanciera, se fué á encontrarla, lo cual visto por el estanciero, le sacudió un latigazo con el rezo del garrote.

— ¡Amigo! le gritó don Demóstenes, mi perro no hace mas que asustar á la gente; él es inofensivo.

— Esta niña no está para que la asuste nadie, dijo el caminante, y los caminos deben ser libres para andar sin estorbo de ninguna clase.

Don Demóstenes dió unos silbidos, que tal vez responderían á uno y diez ocho de la corneta, porque Ayacucho volvió atrás en el acto. Cuando fué tiempo de cruzarse los viajeros en el camino, se hicieron á un lado de la senda estrecha los estancieros, para dar campo á don Demóstenes, y el hombre dijo á su compañera:

— Que salga derecha la revolución de que nos habla don Tadeo todas las semanas, á ver si por tener botas y casaca han de ser preferidos hasta en los caminos provinciales.

Luego que los viajeros se saludaron, dijo don Demóstenes al pasajero:

— Mi amigo, ¿voy bien para el Retiro?

— Sí, señor, le contestó,

— ¿No me perderé?

— ¡Pues quién sabe; porque como de eso sucede en esta vida!

— ¿No pudiera Vd. darme las señas del camino del Retiro?... deseo visitar á don Blas, el dueño de la hacienda.

— No se moleste, su persona; porque él no está ahí, y no viene hasta mañana en la tarde.

— Yo podré dejarle un recado con el capitán y los criados.

— Mándeselo Vd. conmigo, que tengo que ir con la tardecita por una totuma de miel.

— No obstante, quisiera yo conocer la hacienda, si usted tuviera la condescendencia de darme las señas.

— Pues mire: siga así como va, que el camino lo lleva derecho, y Dios lo lleve con bien.

Don Demóstenes llevaba mucha sed, y le dijo á la mujer:

— Usted llevará frutas en esa maleta, véndame algunas.

— No son frutas, dijo la estanciera.

— ¿Cómo no, dijo don Demóstenes, pulsando la mochila, no es un mamei este que toco aquí?

El llanto de un chiquillo le dió la contestación, y la mujer añadió: es mi hijito, y este es el modo de cargar los chiquitos en estos lugares; así dobladitos entre las hojas de plátano.

— ¡Pobres madres! exclamó don Demóstenes.

Por fin cruzaron el camino los viajeros, y don Demóstenes oyó por algunos instantes la conversación que llevaban.

— Se hacen los caritativos con los pobres, decía el hombre, pero lo cierto es que los calzados nos quieren tener por debajo á los descalzos, siendo los descalzos los que componemos la mayor parte de la República. Este cachaco está siempre hablando de la igualdad y de la protección á los pobres; pero en lo que menos piensa él es en la igualdad.

— Pero la niña Rosa me ha dicho que es muy generoso con los pobres.

— Eso lo hacen en donde ellos creen que hay hueso que roer; y yo de lo que me admiro es de que haya bobos que crean. ¡Qué igualdades ni qué pan caliente! No hay mas igualdad que el garrote y no dejarse uno chicotear ni de los ricos, ni de las autoridades, ni de nadie, como lo hago yo; esa es la verdadera igualdad. Yo lo oí hablar contra mí la noche que le rompí las quijadas á Elías Perez, porque yo estaba escondido en el monte; y unas veces quiere que se castigue y otras que no se castigue; pero á mí no se me da nada, porque yo sé que don Tadeo me saca con bien de todos mis afanes. ¿Qué le parece á Vd. la igualdad? Don Demóstenes les echaba á las calzadas y á las descalzas, y yo no les digo mis penas sino á las descalzas. Ayer bajaba don Demóstenes de las estancias de Paula y Pia, y hoy va á la casa de la niña Clotilde. Los calzados se divierten con todas á un mismo tiempo; pero don Demóstenes dice que la igualdad está reinando en la Nueva Granada. Yo no sé cómo será la igualdad, mientras que los ciudadanos estemos repartidos en la clase de los descalzos y la clase de los calzados. Don Tadeo dice que no puede haber igualdad hasta que no acabemos con todos los cachacos de botas y de zapatos.

No sabemos qué tanto alcanzaria ó oír de este discurso el señor don Demóstenes, el cual iba demasiado inquieto por no tener seguridad acerca del camino que debia seguir. De tiempo en tiempo se detenía con el oído fijo al lado de la espesura del bosque, deseando algun animal precioso para presentárselo como trofeo de su expedición á Clotilde; pero de los grupos no salía sino el ruido de cien chicharras que lo desesperaban tanto como los ardores del sol. No habia fuente, pantano ni quebrada en donde apagar la sed que lo tenia casi muerto, y lleno de pena y de fatiga se acercó á la sombra de un iguá muy coposo, y se sentó encima de una piedra que estaba embebida entre la hojarasca, y mientras registraba el muelle de la escopeta, Ayacucho le puso la mandíbula sobre la pierna, perseguido de los tábanos y devorado de tanta sed, que tenia una cuarta de lengua afuera; así que lo advirtió el compasivo caballero, le dirigió estas palabras en la forma de un discurso:

— ¡Oh Ayacucho, mi noble y generoso amigo! ¿De qué te servirán tus sacrificios, al fin de una carrera oscura y deslucida? ¿Te privas voluntariamente de tus afectos especiales, por seguir aventuras infructuosas!

Ayacucho meneó la cola y exhaló una especie de aullido, con el cual parecía que contestaba á los razonamientos de su amo, y este, mucho mas compadecido por la expresión de ternura, continuó diciendo:

— Pero no hay que afligirse, que la historia es el premio de los sacrificios y de las virtudes. Tu nombre vivirá con mayor razón que el nombre de los Ganelon y de los Matalagría.

Dijo, lo acarició y lo convidó con un silbido á continuar adelante.

Desde allí se fué Ayacucho mucho menos abatido que antes, y rebuscaba las sendas de un solo costado como inspirado por el conocimiento de una novedad favorable. De golpe dió un aullido al oler las ramas de una senda muy estrecha, y se volvió para atrás y luego para adelante; esperó á su amo en la boca de una trocha que apenas era andadera; luego que el amo llegó, se internó con la confianza de un baquiano. Don Demóstenes lo siguió con fe, y á media cuadra de distancia dió con el pequeño desmonte que componía todo el horizonte de la estancia de Malabrigo.

No pudo acordarse don Demóstenes de una sola pin-

tura que se pareciese á Malabrigo, en donde no sonaba voz alguna de persona viviente. Las ruinas presentan la vista de alguna zorra ó lechuza; los cementerios la imágen luctuosa de algun huérfano ó de alguna viuda que atraviesa por medio de los sauces con el semblante abatido; pero en Malabrigo no había sino avispas, abejas y algunos insectos que diesen testimonio de la vida. Una guadua del tamaño de los cedros mas corpulentos, sacudía sobre el patio su dilatada ramazon elevándose sobre los otros árboles no menos sombríos. La idea del guardián de que habló Rosa la noche que don Demóstenes posó en Malabrigo, le sugirió á este señor la esperanza de averiguar la existencia de las estancieras. Fué al fogón de la enramada y halló para su consuelo un tronco grueso de zapote, que guardaba candela oculta, y esto lo animó á gritar, aunque no como gritan los campesinos.

Sentóse don Demóstenes á descansar bajo el alar de la choza, lo que también ejecutó su compañero Ayacucho; á poco rato apareció Bagazo por entre las ramas tupidas que cubrían la senda de la quebrada, y al ver á Ayacucho corrió latiendo á atacarlo con denuedo; pero Ayacucho después de levantarse no hizo sino dar unos pasos y quedarse callado. Conducta muy rara por cierto, porque el raquítico defensor de la estancia de Malabrigo habría perecido de una sola tarascada del mestizo gordo y atrevido, acostumbrado á no sufrir insultos de ninguna clase; pero habiendo visto Bagazo que Ayacucho no entraba en pelea, se contentó con adelarse y olerlo en señal de fraternidad canina, lo que también hizo Ayacucho, y en el acto quedaron muy amigos.

No dilató Antoñita en asomar por la misma senda que Bagazo, trayendo un calabazo de agua, de la cual, aunque salada, tomó el caballero, porque se hallaba devorado de sed, después de un cortísimo saludo, y se ocupó en hacer el siguiente interrogatorio:

— ¿Tu madre? le dijo á la bella estancierita.

— Mi mamá está por la montaña y no vuelve hasta mañana en la tarde.

— ¿Tu hermana?

— Mana Rosa no está por aquí.

— ¿Qué hago para verla?

— Ella no se deja ver esta semana.

— ¿Está muy lejos?

— No; pero Vd. no da con ella.

— ¿Qué hiciera yo?

— Pues, quién sabe.

— ¿No me la pudieras llamar?

— ¿Y si se pone brava?

— Dile que soy yo. Dale por señas que te regalé esta peseta: toma y muéstrasela allá.

Cogió Antonia la moneda, y corrió con el mayor gusto á llamar á su hermana, y cuando ya estuvo en lo mas espeso del bosque, se puso á cantar en el tono triste pero fuerte, con que las estancieras hacen retumbar los bosques que ciñen las sementeras, quebradas y lavaderos de tierra caliente, comenzando por esta copla:

A los montes me retiro

A hablar con los pajaritos;

Porque ellos sí me contestan,

Aunque son animalitos.

En menos de un cuarto de hora se puso Rosa á la vista de don Demóstenes, por debajo de los floridos bejucos de adoroite, y de las ramas aromáticas de los guayabos ulandas, puso al frente de la cocina unos palos que parecían tizones apagados, y se acercó limpiándose el sudor del pecho y de la frente con un pañuelo colorado que llevaba prendido de la copa del sombrero de trenza de palma.

El traje de Rosa no tenía las ventajas de la riqueza, sino todas las apariencias de la naturaleza selvática, porque sus enaguas eran muy altas de los tobillos y su camisa era de mangas sumamente cortas y de tira muy escotada.

Este golpe de vista pasó como una exhalación, mientras que Rosa se trasladó de la mitad del patio al corredorcito donde se hallaba su huésped, al cual le dió la mano, sin reparar que la tenía llena de los rezagos de los palos quemados de la roza.

— ¿Qué milagro que se hubiera acordado de la senda! le dijo la estancierita á su antiguo huésped.

— Te hablo la verdad; fué Ayacucho quien se acordó, porque él fué el primero que dió con la entrada; pero yo no te he olvidado nunca.

— ¿Por qué no había venido á pasearse por estos lados?

— He tenido poco tiempo.

— Mírenlo; ¿y cómo para ir á ver á Pia sí ha habido tiempo?

— ¿Quién te ha dicho?

— ¿No sabe que en los lugares chicos y retirados no se da un paso que no se sepa? ¿Y qué tal de posada? ¿Cómo le ha ido con la niña Manuela? ¿Lo cuida y lo quiere mucho?

— Cuidarme, lo que es posible en un pueblo miserable; quererme muy poco, y te aseguro que no sabe lo que se hace.

— Ella no quiere á ningún rico, y le alabo el gusto, porque aquí donde Vd. ve, yo soy enemiga de la clase de botas, con toda mi alma y mi corazón y mi vida.

— Yo me alegro de que tú seas socialista, porque esta doctrina es la única que puede perfeccionar todos los gobiernos; pero me recelo que te vayas muy adelante,

¿De dón de has tomado lecciones de tanto progreso?

— ¿Acaso le entiendo nada?

— Mas claro. ¿Quién te ha enseñado que la riqueza acumulada en ciertas clases privilegiadas, ó en ciertos hombres mas usureros, mas sagaces, mas afortunados, es contraria al espíritu de la democracia?

— Ahora sí que me dejó á oscuras.

— Entonces explícame la causa de aborrecer tanto á los ricos, ó si es alguna chanza de las tuyas.

— Es tan de veras, que si llegara á querer á un rico tendría que irme derecho á los infiernos.

— ¡Boba! ¿Qué tiene que ver el infierno con los amores?

— Que hice un juramento, puesta de rodillas delante del buitron de las hornillas de la Soledad, con la cruz formada con el dedo pulgar de la mano derecha, de no querer á ningún rico, bajo ningún pretexto.

— Esos son votos temerarios, que no obligan en ninguna de las religiones existentes. Se me pone que algún rico se portaría mal contigo, y que la rabia de un desengaño te ha llevado á los extremos; pero la lógica debe estar primero que todo. Hay ricos que son muy dignos de quererse.

— Es porque Vd. no sabe que un rico me acarició para reirse de mí y para desecharme luego, quitarme la estancia y arruinar á mi familia.

— ¡Imposible! Yo no puedo creer que haya visires entre los republicanos de la Nueva Granada.

— Oígame y verá.

— Bueno, pero no me hables de amores, dijo el bogotano, que para todo hay tiempo, á pesar de que la vida es tan corta.

— Es decir, que yo me quedo en el concepto de embustera para con Vd., ¿no es eso lo que pretende? Pues no, señor; me tiene que oír; le contaré una historia y verá que no soy ninguna embustera.

— Otro día, Rosa, porque hoy tengo que ir al Retiro y se me hace tarde.

— Después no hay tiempo, ó no estamos los dos á solas, como hoy, que mi mamá está en casa de mi madrina Patrocinio, y la chinita está *despalizando* en mi lugar.

— Te oiré, pues, si tanto lo deseas.

— Pues fué de esta laya: como se fué Matea para Ambalema con el novio de Pia, y como mi señora madre perdió su brazo en el trapiche, y Antonia no tenía sino diez años á lo sumo, yo tuve que ir al trabajo del trapiche y desde el mismo día me echó el ojo el amo de la hacienda, por mi desgracia. Yo andaba en los catorce años y medio, y mi viveza y mi genio les agradaba á todos. El amo no excusaba el decirme algo de mis ojos y mis pestañas, siempre que me hallaba sola.

— Y con razón, porque te aseguro con toda verdad que en ninguna parte del mundo he visto unos ojos mas hermosos, decorados con cejas y pestañas de tal esplendor...

— A mí lo que me daba era vergüenza y miedo al mismo tiempo, de hablar con el amo, y hacia todo lo posible por evitarlo; pero Vd. ha de saber que los amos, dueños de tierras, tienen el poder en sus manos para todo lo que quieren. Todos les ayudan para cumplir sus antojos. El mayordomo me mandaba á la casa grande con pretexto de llevar las raciones, ó de llevar velas para el trapiche; y para que no me pudiera ir á dormir á la estancia, me puso de trapichera, que es oficio en que muchas veces se trabaja hasta las once de la noche, comenzando á la madrugada. ¿Cómo estaría yo de molesta durmiendo entre la basura, á la vista de una docena de peones y algunas peonas sin ley ni rey, á distancia de tres cuerdas de la casa grande de los amos y á cinco de la del capitán y el mayordomo? El amo se solía quedar una que otra ocasión en un cuarto que tenía en el trapiche para apurar la molienda, cuando había partidas de bestias en la plazuela esperando la miel, y llamaba á los peones y peonas que necesitaba. A mí me llamaba algunas veces, pero como yo era tan vergonzosa, no iba sino acompañada de Liberata, una amiga que tengo, que vive allá en el trapiche desde que vino de su tierra, y es la caqueña mas bonita que ha venido á los trapiches. ¡Si Vd. la viera se quedaría *tuturuto*! Por este tiempo se hallaba en el trapiche una mujer llamada Sinforiana, arrendataria de la misma hacienda; tenía á su cargo un destajo de siembra de un almud de caña, y había llevado á sus hijas Cecilia y Francisca, para que le ayudaran; y esta buena mujer se me metió de amiga, y me llenaba de cariños y de regalos para tenerme grata, y dió en convidarme á las visitas del cuarto del amo por la noche. Antes de dos meses comenzó el amo á tratarme con mucha dureza, haciendo creer que sobre mí tenía mayor mando que sobre todas las otras peonas, me quiso privar de ir á los gastos y á la parroquia, me mandó que no me chancara con Celestino, un muchacho muy parcial que me cogió cariño. Entonces me dejé de ir al cuarto; pero el amo se puso en candela y regañó á mi mamá. Viendo esto, lo que hice fué decirle llena de miedo, que á trabajar en su hacienda me obligaría, porque yo era su esclava, en el hecho de ser su arrendataria, pero que á quererlo no me podría obligar. No tardó cinco días el comisario en ir al trapiche y amarrar á Celestino y llevarlo de recluta. Yo no quise volver al trabajo; pero el amo, por ver si yo me sujetaba por medio del temor, me mandó decir que si no lo iba á ver, me echaría de la hacienda. Tampoco hice caso de sus amenazas; pero le dió la orden á su mayordomo (que es un tigre cebado, á propósito para aterrar á los arrendatarios) de que nos echara de la estancia, con el plazo de veinte y cuatro horas para buscar casa

y trastear. Entonces fué cuando compramos esta estancia de Malabrigo por veinte pesos al fiado, y de pronto nos pasamos, perdiendo las matas de maíz, que estaba rodillero, y unas cien matas de plátano barnton que teníamos en las orillas de la quebrada, y nos derribó los ranchos, dejando algunos arbolitos, que aunque no valgan nada, pero se les coge cariño. Usted ve que el amo me causó los mayores daños, de cuenta de mis hermosos ojos, y sin el recurso de darle mis quejas á ningún tribunal de la tierra. ¡Gracias á que el pobre Celestino se pudo fugar del cuartel!

— ¡Oh, los señores feudales! exclamó don Demóstenes. ¡Y en el siglo XIX y bajo un gobierno mas democrático que el de los Estados Unidos! Me horrorizo, me espanto de ver que así se desprecie la Constitución.

— Para que vea que tengo mucha razón en aborrecer á los ricos, dijo Rosa, y se limpió las lágrimas con disimulo.

— Jesucristo y Proudhom tampoco los quisieron; pero hay excepciones en todas las reglas, y yo tengo derecho para que las hijas del pueblo no me aborrezcan, porque soy defensor del pobre, aunque gozo de regular fortuna.

Se quedaron callados los interlocutores por algunos momentos. Los ultrajes que la ciudadana había sufrido en sus mas preciosos derechos habían contristado el corazón del humanitario don Demóstenes; había visto correr las lágrimas de los ojos mas hermosos de toda la comarca, y sus ojos también se humedecieron. Era solemne aquella visita. Las decoraciones de la sala de Malabrigo tenían un aspecto grave por la humildad de la pobreza; el exterior era lúgubre por el silencio, y por la sombra del muro y de la caña gigantesca que se mecía por encima del patio. Don Demóstenes, que había viajado y visto toda la grandeza de los hoteles y de las casas mas ricas de los Estados Unidos, era el socialista mas á propósito para apreciar en aquella situación todo el mérito de la humildad y pobreza neogranadinas, conversando en tal salón con una estancierita descalza y vestida con el traje mas inmediato que puede haber al de los aborijenes de la tierra. ¡Oh, cuánta desigualdad delante del cuadro general de la civilización humana! ¡Cuánta distancia entre Rosa de Malabrigo y la hija de don Blas, el dueño de de la hacienda! ¡Y cuánta distancia entre la señorita Clotilde y la hija de un grande de los reinos unidos de Inglaterra!

Después de unos momentos de triste meditación, dijo don Demóstenes á la estancierita:

— Ahora necesito que tú me hagas un favor.

— Siendo cosa que se pueda, dijo ella, cuente Vd. conmigo, patron don Demóstenes.

— Muy posible. Yo no exijo lo que no es racional y justo.

— ¿Y qué es lo que necesita?

— Que me vayas á llevar hasta las puertas del Retiro, porque en la geografía práctica de los caminos, te hablo la pura verdad, entiende mas Ayacucho que yo, y hasta mi mula tal vez; por lo menos las señas que me dió la patrona no las comprendo, aunque las tengo escritas aquí en la cartera, y son de este modo: «Coge usted todo el camino que va para Bogotá; mas adelante Malabrigo tuerce á la izquierda por una senda donde sobresale un guayabo de monte; mas abajo hay una división de caminos, coge Vd. por el que tiene en la orilla una mata de payandé, muy llena de horquetas, y de allí como á veinte pasos largos de tarea llega al lindero que está cerca de la hacienda, y pasando una quebradita de agua muy clara, llega á la puerta de la plazuela por debajo de unas ramas de iguá y del espino coronado, abre la puerta de golpe, y ya está Vd. en la casa grande del Retiro.» Las señas que me dió un pasajero que iba con una mujer que llevaba un muchacho en la mochila, fueron estas: «Siga Vd. como va, que el camino lo lleva.» Y te aseguro que me hallo tan á oscuras como si no me hubieran dado ningunas señas.

— Pues ahí verá que en otra cosa le puedo servir, pero en eso no; porque mandé á avisar á la hacienda que no iba al trabajo por hallarme muy mala, solo con el fin de despallar una roca para sembrar unas cuatro maticas de maíz, y si me cogen en la mentira me *friegan*.

— ¿Qué hago, Rosa de mi vida?

— ¿Y qué afán tiene?

— Te voy á decir la verdad: es que estoy apasionado de Clotilde. ¡Oh, tan bella y tan amable!

— ¿Y no pudiera dejar la visita para otro día?

— ¿Entonces no sabes tú lo que es amor?

— ¡Ojalá que nunca hubiera sabido!

— Anímate, que yo te seré agradecido; una vez me quitaste la sed y el hambre, y ahora me abrirás las puertas de la gloria.

— Pues estoy animada; pero tengo miedo de que me suceda algo: espérese le doy un piquete de una *trocha* de carne asada y un poquito de guarapo.

— Allá me obsequiarán inmediatamente. Siendo la casa de un hacendado que gana diez mil pesos por año...

— No le hace. Dice el adagio que «aunque fueres á la casa de tu hermanito, sorbe primero tu caldito.»

— ¡Mil gracias! escucha el reloj y verás que es sumamente tarde, y no me puedo detener, dijo don Demóstenes.

Y tocando el resorte, contó Rosa los doce pequeños campanazos que la dejaron admirada, y se aplicaba el reloj á los oídos, empenándose con don Demóstenes para que le mostrase lo que tenía por dentro la pequeña caja de metal,

(Se continuará.)

Celebracion

DEL RHAMADAN POR LOS

TURCOS.

La cuaresma de los musulmanes es el rhamadan, época de severa abstinencia que acaba de ser celebrada en el cuartel de esos soldados de rostro sombrío pertenecientes al ejército francés, y que llaman *turcos*. Este tiempo de ayuno que comenzó el 15 de diciembre, concluyó el 14 de enero. Los discípulos de Mahoma pueden ahora hacer sus tres comidas cada día. Por lo demás, yo he visto á esos indígenas africanos, y puedo asegurar que el rhamadan no ha debilitado su brazo ni apagado la viveza de sus ojos. Algunos maliciosos suponen que habiendo dicho el profeta: « Ayu-

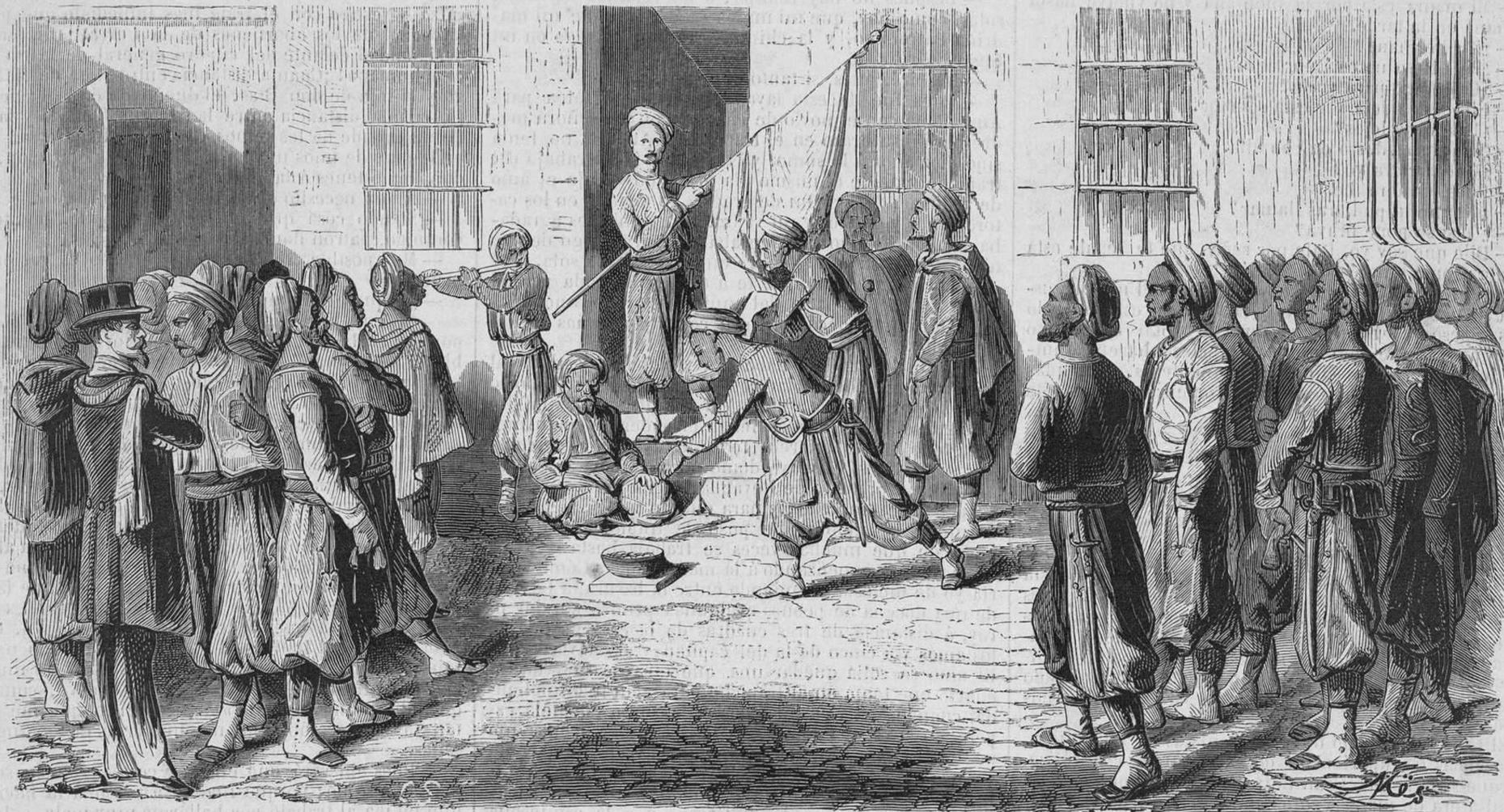


La ofrenda.

nareis de día,» han tomada la palabra á la letra, y de noche han hecho el carnaval. ¡Mahoma, cierra los ojos!

Sea como quiera, lo cierto es que la guardia negra no ha hecho una sola comida diaria durante el rhamadan, sino que esta comida tenia lugar á las cinco, á la entrada de la noche. En Oriente y en tierra de Africa determinan la hora de continuar ó de romper el ayuno por la distincion que logran hacer al rayar el alba ó al crepúsculo, entre un hilo blanco y un hilo negro. En cuanto distinguen el color, se cruzan las piernas sobre la estera y se ponen á comer couscoussu. Los *turcos*, lo arreglan á son de tambor.

Los *turcos* pasan generalmente por sóbrios; sin embargo, sus pasiones son muy vivas y á veces muy terribles. Se cita el caso de un centinela del jardin de Tu-



El saludo á la bandera.

llerías que á la vista de una niñera, olvidó su consigna y se inflamó; y distinguiendo á un soldado de línea que rondaba á la muchacha, le dió un bayonetazo y arrojando su fusil abrazó á la niñera. Algunos dias despues el fogoso *turco* fué fusilado, y al morir, exclamó como Tito, que no habia perdido la jornada.

Entre ellos he observado la presencia de hermosas vivanderas de cutis rosados que deben incendiar los corazones árabes. ¿Debo confesarlo? Estas vivanderas entre los musulmanes han provocado en mí una profunda sorpresa. ¿No es cierto que Mahoma prohíbe las bebidas al-



El fin del Rhamadan.

PARIS. — La celebracion del Rhamadan por los soldados *turcos*, en el cuartel de la calle de Lille.

cohólicas? ¿No habrá mas que agua azucarada en esos tonelitos que llevan á la espalda con tanta gracia las vivanderas? Mucho lo dudo, y sin embargo, las leyes musulmanas son muy formales. Me pierdo en conjeturas.

Hé aquí los santos preceptos cuya meditacion no deja de ser útil: « Matar á un infiel es una accion poco honrosa; comer con tenedor no conviene; usar paraguas desagrada soberanamente á Mahoma; ensuciar las babuchas es de una indecencia grave; robar á un musulman es un caso imperdonable; pero beber vino es un crimen.»

El invierno en Paris, caricaturas por Cham.



Llegada del invierno con su comitiva.



— Esposo mio, necesito un sombrero, una capa, un manguito y una esclavina. Para lo demás esperaré algunos dias.



Diversos modos de recibir la leña que se compra para la chimenea.



Visita alarmante y motivada por no haber limpiado a tiempo la chimenea.



Fechorias de un deshollinador demasiado grueso para el cañon de la chimenea.



— Cartero, esta es una esquila de convite para algun baile, y yo no recibo tales cartas para mis inquilinos, pues me hacen trasnochar y no me conviene.



— Ea, ya empiezan los bailes: si los porteros salieran a divertirse tambien ¿quién abriria la puerta?



En las máscaras. — ¿Un wals, señorita? — Mi hija es aun muy jóven para bailar el wals. — Está bien, volveré mas adelante.



— Te aseguro, hija mia, que para la estacion en que nos hallamos no hace mal tiempo.

¡Qué de crímenes, sin embargo, se cometen en las tabernas contiguas al cuartel de la calle de Lille! Hasta se dice que hay tabernero allí que ha hecho en poco tiempo una fortuna.

Un amigo mio, bastante incrédulo, había apostado á que tres turcos quebrantarían la abstinencia del rhamadan, en presencia de un morabita. La apuesta en verdad era atrevida.

Mi amigo convidó, pues, á tres soldados indígenas y mandó sacar un poche.

— Esta bebida está prohibida por Mahoma, dijeron los árabes.

— Error, error craso, responde mi amigo. La ley prohíbe el aguardiente, pero así que se da fuego al alcohol, la sustancia prohibida arde, se purifica, se carboniza y desaparece, no quedando en el fondo mas que agua azucarada que puede beberse impunemente.

Tan concluyente raciocinio obtuvo un feliz éxito. El rhamadan se ha concluido, pues, para los turcos. Allah ha recibido la ofrenda; el saludo á las banderas se ha hecho segun los ritos, y el carnero ha sido asado en familia.

R. C.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— Podemos confiar en Carlos, dijo Antonio.
— Y en mi caballo bayo tambien, añadió Fink; pero tambien es muy posible que mi pobre *Blachfoot* (pié negro) sufra en este momento la desgracia de sortener sobre su lomo algun maldito insurgente. ¿Carlos no puede haber caido en poder de alguna de las partidas que infestan seguramente todo el pais? Además, ¿podemos contar con que haya encontrado á las tropas regulares? esas tropas ¿habrán tenido un verdadero deseo de acudir en nuestro auxilio? Y finalmente, ¿tendrán estas fuerzas suficientes para llegar á tiempo? Y en último lugar, ¿serán bastante numerosas para dispersar la fuerte partida que les impedirá llegar hasta nosotros? Estas son, querido, cuestiones que se pueden proponer muy bien, y mas pronto me comería todas las moras del mundo que dar una contestacion satisfactoria. Podríamos intentar una salida.

— Indudablemente el combate seria sangriento, contestó Antonio.

— ¡Bah! dijo Fink. Lo peor del caso es que no nos daría ningun resultado. Derrotaríamos tal vez una partida, pero detrás de esta vendría otra. ¡Únicamente una columna victoriosa puede salvarnos! Mientras defendamos en nuestra casa el derecho de propiedad, somos fuertes; en campo raso, seguidos por las mujeres y los niños, una docena de caballos bastaría para dar cuenta de nosotros.

— Entonces es menester esperar, dijo Antonio, con aire sombrío.

— Esto se llama hablar con cordura; toda la sabiduría consiste en no proponer á sí ni á los demás cuestiones insolubles. El negocio tiene trazas de tardar en resolverse.

Los amigos acabaron por bajar... Algunas horas se pasaron en una inaccion pesada como el plomo. De cuando en cuando Fink y Antonio enfilaban el antejo hácia los linderos del bosque. No veían nada de particular.

Patrullas enemigas iban y venían: partidas de campesinos armados marchaban en direccion de la aldea, lo que hacia presumir que eran enviadas en otras direcciones: los puestos eran revistados con regularidad. Los sitiadores estaban ocupados en desarmar los pueblos del contorno, para atacar luego el castillo con todas sus fuerzas reunidas.

Los alemanes estaban encerrados entre sus muros como un venado en su madriguera, y los cazadores aguardaban con una completa seguridad el momento en que el hambre, el fuego ó bien la falta de agua, obligaría á salir á las desgraciadas victimas.

Entre tanto Fink procuró ocupar toda la gente. En seguida les hizo formar y distribuyó pólvora y plomo. Se fundieron balas y se hicieron cartuchos. Antonio ordenó que las mujeres barrieran la casa y el patio, tanto como fué posible verificarlo sin regar. Esto dió el buen resultado de mantener ocupados durante algunas horas á los sitiados.

El sol continuó su curso ascendente, y el aire traía de la aldea vecina el ligero sonido de la campana.

— La primera comida ha sido bastante escasa, dijo Antonio á su camarada; las patatas se han asado en el rescoldo; no hay carne ni manteca: la cocinera no puede hacer uso de la harina, porque no tenemos agua.

— Mientras tengamos la vaca en el establo, contestó Fink, poseemos siempre un tesoro que podemos presentar en caso necesario al pueblo hambriento. Nos quedan todavía las ratas que hay en el castillo y en último apuro nuestras botas. El que se ha visto condeñado á comer algunas veces biftek en este pais, no puede mirar el cuero de nuestras botas como un manjar muy difícil de mascar.

El guardabosque interrumpió la conversacion diciendo:

— Un jinete viene solo desde el corral de la granja al castillo, le sigue una mujer; casi apostaría á que es Rebeca.

El jinete se acercó á la puerta del vestíbulo agitando un pañuelo blanco, se detuvo al lado de los carbonizados restos del carro, y dirigió sus miradas hácia las ventanas del primer piso. Era el parlamentario de la vispera.

— No cometamos la grosería de hacer aguardar á ese caballero, dijo Fink corriendo el cerrojo; y se presentó sin armas en el umbral de la puerta.

El polaco saludó en silencio, y Fink se quitó la gorra.

— Os anuncié ayer tarde, dijo al fin el parlamentario, que tendría el placer de volver á visitaros.

— ¡Pseh! contestó Fink, ¿sois vos, caballero, el que quiso ahumarnos? Eso ha sido una desgracia para ese carro.

— Ayer impedisteis á vuestras gentes hacer fuego sobre mí, dijo el polaco en aleman fuertemente acentuado, y quisiera mostraros mi agradecimiento. Me han dicho que en el castillo hay señoras y aquí viene una muchacha que os trae leche. Hemos sabido que no tenéis agua y no quisiera que nuestra contienda impusiera privaciones á esas señoras.

— ¡Tunante! murmuró entre dientes el guardabosque.

— Si me permitís ofreceros en cambio de la leche algunas botellas de vino de nuestra bodega, aceptaré reconocido vuestro presente, contestó Fink. Supongo que no tendreis demasiado abundante ese liquido en el meson.

— Acepto, dijo sonriendo el polaco.

Rebeca corrió con su jarra hácia la puerta del corral y entregó la leche al guarda, el cual gruñendo, le dió en cambio las botellas de vino. El polaco continuó:

— Aun cuando esteis provistos de vino, este en manera alguna puede reemplazar al agua. Vuestra guarnicion es muy numerosa y sabemos que se guarecen en este edificio muchas mujeres y niños.

— Yo no miraré como una desgracia, contestó Fink, que las mujeres y los niños beban vino al igual que nosotros durante algunos dias, hasta que nos hagais el insigne favor que ya os pedí ayer, y es que dejéis libre el castillo y el pozo que hay allá abajo.

— No lo esperéis, caballero, dijo el polaco con seriedad. Nosotros emplearemos todos los medios para desarmaros, y sabiendo ahora que no tenéis artillería, podremos cuando nos plazca entrar en este castillo. Pero os habeis defendido como valientes, y no deseamos llegar mas allá de lo que sea necesario.

— Eso es muy prudente y sabio, contestó Fink.

— Con este objeto vengo á haceros una proposicion que no podrá herir de ningun modo vuestro amor propio. No debeis contar con la posibilidad de recibir socorro. Se halla situado entre vuestras tropas y la aldea un fuerte destacamento de los nuestros; dentro de pocos dias los dos ejércitos llegarán á las manos á algunas leguas de aquí, y vuestros jefes se ven imposibilitados de destacar columnas aisladas. Yo no os digo nada nuevo, pues sabeis esto tan bien como nosotros. Os aseguro, pues, bajo mi palabra, una libre retirada para vos y todas las personas que hay en el castillo, si deponéis las armas y nos entregais el dominio. Estamos prontos á haceros escoltar á vos y á las señoras, para dirigiros adonde querais, hasta los límites del territorio de que somos dueños.

Fink contestó en tono mas serio que el que había usado hasta entonces:

— ¿Puedo yo saber quién pronuncia la palabra de honor que acabais de dar en este momento?

— Soy el coronel Zlotowski, contestó el jinete inclinándose liergamente.

— Vuestra proposicion, contestó Fink, me obliga á daros las gracias. No dudo absolutamente de la sinceridad de vuestro ofrecimiento, y quiero creer que el prestigio de que disfrutais entre la gente de vuestro mando es bastante grande para que se cumplan esas condiciones. Pero como yo no soy propietario del dominio, es necesario [que comuniqué primero vuestras condiciones al que puede aceptarlas ó desecharlas.

— Aguardaré, contestó el polaco; y alejándose treinta pasos, se detuvo dando cara al castillo.

Fink cerró la puerta y dijo á Antonio:

— ¡Vamos corriendo al cuarto del baron! ¿Cuál es tu opinion?

— Que es necesario llegar hasta el fin, contestó Antonio.

Encontraron al baron en su aposento, con la cabeza apoyada en las manos y el rostro demudado, ofreciendo la imágen del dolor y de una nerviosa agitacion. Fink le expuso en pocas palabras la pretension del polaco y le suplicó que resolviera lo que debía contestar.

El baron dijo:

— Hasta ahora he padecido tal vez mas que ninguno de los valientes que han expuesto su vida para defender esta propiedad. Es muy terrible verse obligado á permanecer inactivo, cuando el honor exige que figure uno en primera línea, y precisamente por esto no tengo el derecho de haceros ninguna prescripcion. El que no se halla en estado de combatir no tiene tampoco el derecho de fijar el momento en que el combate debe terminar. Si, apenas tengo el derecho de exponer mi opinion, porque temo que no sea decisiva atendida la nobleza de vuestros sentimientos. Por otra parte, en mi triste situacion, ni aun tengo el consuelo de conocer á las

gentes que me defienden, ni puedo juzgar desus disposiciones ni de su energia. Yo lo dejo todo en vuestras manos, y os confío con entera seguridad el cuidado de decidir mi suerte y la de mi familia. El cielo os recomense largamente todo lo que habeis hecho hasta ahora. Por amor de Dios, no os cuideis de mí; el sacrificio seria demasiado grande, añadió el baron con ardor levantando al cielo sus manos cruzadas y sus apagados ojos; ¡no penseis mas que en la causa que defendemos.

— Puesto que depositais en nosotros una confianza tan ilimitada y honrosa, dijo Fink con noble entereza, estamos resueltos á defender vuestro castillo mientras abrigemos la mas ténue esperanza de ser socorridos. Sin embargo, dos graves eventualidades pueden presentarse: nuestras gentes pueden resistirse á continuar la lucha, ó bien los enemigos forzar la entrada del castillo.

— Mi esposa y mi hija os ruegan como yo que no penseis en ellas en este momento. Marchad, señores, exclamó el baron tendiendo los brazos; el honor de un anciano soldado está en vuestras manos.

Los dos amigos se inclinaron profundamente ante el pobre ciego y salieron del aposento.

— Estas gentes tienen honor todavía, dijo Fink haciendo un signo afirmativo con la cabeza.

Abrió la puerta y el oficial se acercó.

— El baron de Rothsattel os agradece vuestro ofrecimiento, pero está resuelto á defender su castillo y la propiedad de los que se han confiado á él, hasta el último extremo. No podemos aceptar vuestra proposicion.

— Entonces preparaos á sufrir las consecuencias de vuestra negativa, repuso el caballero, sobre vosotros pesará la responsabilidad de todo lo que ocurra desde este momento.

— Acepto ese responsabilidad, dijo Fink, pero tengo que haceros una súplica. Independientemente de las mujeres y los niños, hay tambien en este castillo dos señoras, la esposa y la hija del baron de Rothsattel. Si contra lo que es de esperar, la casualidad os facilitara la ocasion de penetrar en el castillo, recomiendo á vuestra generosidad las personas indefensas.

— Soy polaco, exclamó orgullosamente el caballero afianzándose en los estribos.

Saludó con el sombrero y regresó al trote al corral de la granja.

— El perillan tiene audacia, dijo Fink volviéndose hácia donde se habían reunido los del cuerpo de guardia. Amigos míos, cuando es necesario elegir entre las promesas de un enemigo ó este tubo de hierro, soy de opinion que siempre es preferible fiar del arma que se tiene en la mano; y diciendo esto, blandía en el aire su fusil. El polaco se obligaba á dejarnos salir libremente, porque sabe que dentro de algunas horas su horda se verá precisada á huir á la presencia de nuestras tropas. ¡Sería para él un magnifico regalo! ¡treinta fusiles! Y si los soldados que hemos llamado en nuestro socorro al llegar á la casa no nos hallaran y vieran el castillo ocupado por esa chusma con sus guadañas, lanzarian terribles imprecaciones, y la vergüenza caería para siempre sobre vuestras cabezas.

— ¿Y si hubiera dicho la verdad? preguntó uno de los hombres con cierto aire de duda.

Fink cogió á este familiarmente por el chaleco.

— Amigo mio, yo creo que su intencion es buena: pero decidme hasta dónde llega la obediencia entre ese pueblo insurrecto. Apenas habríamos pasado el linderó del bosque, cuando otra partida caería sobre nosotros; las mujeres serian maltratadas ante nuestros propios ojos, y os quitarían cuanto llevarais. Por tanto soy de opinion que haremos mucho mejor en enseñarles los dientes.

Los oyentes aplaudieron vivamente esta proposicion, y dieron algunos vivas á Fink y Wohlfart.

— Os damos las gracias, dijo Fink, y ahora vamos cada cual á nuestro puesto, porque pudiera ser muy bien que volvieran muy pronto en busca de heridas y coscorriones. Esto nos hace ganar á lo menos una hora, dijo dirigiéndose á Antonio. Por otra parte yo no creo que nos ataquen de día; pero vale mucho mas para nuestra gente que se les ponga de centinela sin dejarles que se reunan y hablen entre sí, siendo ya sensible que hayan oido esos debates.

El servicio regular establecido por Fink no pudo impedir que la pequeña guarnicion, á medida que el sol avanzaba en su carrera, se entregara al desaliento. Las palabras del polaco habían sido oídas por mucha gente, hasta por algunas mujeres que impelidas por la curiosidad, habían abierto la puerta y llegado hasta el vestíbulo.

El temor se infiltró insensiblemente en todos los corazones. Donde se manifestó esto primero fué en el aposento refugio de las mujeres. De repente experimentaron algunas un vivo deseo de beber agua, y quejándose primero tímidamente de sed y luego en alta voz; finalmente se agruparon á la puerta de la cocina y se pusieron á sollozar y gemir.

Muy poco despues los niños imitaron su ejemplo y se pusieron á gritar pidiendo agua, y muchos, que en otras circunstancias no hubieran pensado en beber, se sintieron excesivamente desgraciados por no poder humedecer la boca.

Antonio hizo subir de la bodega las últimas botellas de vino, partió el último pan, mojó en vino algunos pedazos y los distribuyó, asegurando que era el mejor medio para preservarse de la sed, y que poniéndose el pan mojado en la boca, no se podía tragar un sorbo de agua en todo el dia. Esto hizo olvidar el mal durante algu-

nos instantes, pero el miedo supo abrirse otro camino para estallar.

Algunos preguntaron qué era lo que perderian entregando un fusil viejo en cambio de la libertad y del derecho de ir adonde quisieran. Esta proposicion fué préviamente combatida por el guardabosque, que colocándose en el centro del cuerpo de guardia contestó resueltamente:

— Os diré, Gottheb, Fritzner y vos, grueso Bokek, que el entregar el fusil es una bagatela, pero hay en eso un pequeño inconveniente; y es que el que abrigue tan infame pensamiento será un cobarde bribon á quien escupiría yo á la cara cuantas veces le encontrara.

Acto continuo Fritzner y Bokel dieron la razon a la guarda y declararon que ellos harian otro tanto con cualquiera que se atreviese á un acto semejante. Este peligro se habia desvanecido, pero los centinelas relevados departian con inquietud. Comparaban las fuerzas del castillo con las del enemigo, y finalmente la debilidad de la empalizada del corral vino á ser el objeto principal de la crítica de los medrosos.

Era evidente que el primer ataque se dirigiria á aquel lado, y hasta los mas valientes admitian que la empalizada no podia oponer mas que una débil resistencia. El valiente y fiel forjador pegaba en las tablas con la mano y se mostraba poco satisfecho de la construccion de aquella defensa.

Estos accesos de temor fueron menos peligrosos durante el dia, porque la mayor parte de los hombres permanecia arma al brazo aguardando de un momento á otro la llegada del enemigo. Pero cuando el sol empezó á declinar sin sufrir el menor ataque y sin que el centinela de la torre anunciara socorro, la inaccion y el cansancio de aquella situacion espectante influyó para que la desesperacion fuera general.

La comida fué escasa, pues solo consistió en patatas asadas al rescoldo con un poco de sal. Naturalmente, despues de haber comido, los desgraciados tuvieron sed otra vez; las mujeres volvieron á buscar á Antonio y le dijeron lamentándose que el medio que les habia indicado no les habia servido para mucho tiempo.

Los hombres tambien se veian atormentados por el hambre y la sed; sus quejas volaban de un extremo á otro del cuerpo de guardia. Antonio habia dado á cada uno doble racion de aguardiente, pero esto no satisfizo á todos. Aquellos hombres no se sublevaron, porque tenian un carácter muy sufrido; pero al sentir que sus fuerzas decaian se desanimaban. Fink miró con una sonrisa de desprecio estos síntomas que no comprendian ni su alma ni su cuerpo de hierro. Pero Antonio, á quien todo el mundo asediaba con lamentos y peticiones, sentia todo el peso de esta situacion embarazosa.

Era necesario recurrir á un remedio extremo para cortar el mal en su raíz, ó de lo contrario todo se perderia. Preocupado con este pensamiento bajó al corral resuelto á sacrificar la vaca.

Se colocó delante del animal y acariciándolo, dijo suspirando:

— Pobre Lita, es necesario morir. Conduciéndola fuera del establo por la cuerda, su mirada se fijó casualmente en la gran cuba y le ocurrió un feliz pensamiento.

La elevacion del suelo del nivel del agua del rio no era mas que de algunos piés; todo el contorno abundaba en manantiales y era probable que se encontraria agua á poca profundidad. Era empresa fácil para la guarnicion abrir un pozo. Echando la tierra que se sacara contra la empalizada, aumentaria considerablemente su solidez, y lo mas esencial era que el trabajo pusiera en movimiento todos los brazos ociosos, pudiendo continuarse durante horas y dias enteros.

Sabia por los ensayos que habia practicado antes de ahora, que al rededor del castillo el agua era cenagosa, y que en tiempos ordinarios no podian servirse de ella. Pero esto importaba poco en aquel momento. Antonio miró el sol y conoció que no habia tiempo que perder.

Llamó al agrónomo al corral, y cuando este hubo aprobado la idea de Antonio, puso á contribucion todos los brazos disponibles del castillo, comprendidas las mujeres y los niños mas robustos. Los operarios fueron á buscar sus útiles, y al cabo de pocos momentos, diez hombres armados con palas y azadones estaban ocupados en abrir un agujero en medio del corral.

Las mujeres y los niños, bajo la direccion del agrónomo, se ocuparon en apisonar la tierra contra la empalizada. Antonio dió en seguida á dos hombres y algunas mujeres el encargo de matar la pobre vaca, que fué presentada todavia otra vez al pueblo antes de inmolarla á la dura necesidad del momento.

Todos desplegaron la mayor actividad. El agujero para el pozo, mucho mas ancho en su orificio que lo que se necesitaba para una abertura regular, llegaba á una respetable profundidad, y el talud se elevaba contra la empalizada como construido maravillosamente por algun genio protector.

Los hombres trabajaban con un ardor que no habian mostrado jamás; sus azadones volaban á porfia; algunos hombrecillos con los piés desnudos saltaban por encima de la tierra, en la que se imprimia fácilmente la huella de los zuecos y los zapatos.

Todos querian poner manos á la obra, habiendo mas brazos que los necesarios para tan reducida empresa. Habia desaparecido toda ansiedad, y se oian alegres chanzonetas por todas partes.

Habiendo vuelto Fink, dijo á Antonio: — Tú sabes convertir á los paganos y entiendes la manera de salvar las almas de tu comunidad.

— La comunidad trabaja, contestó Antonio con una satisfaccion que no habia experimentado durante las últimas veinte y cuatro horas.

La excavacion para el pozo iba siendo cada vez mas profunda. Muy pronto fué necesario bajar á ella por medio de una corta escalera. El suelo empezaba á humedecerse; los hombres trabajaron á poco en el barro y fué necesario extraerlo á espuestas. Todos se apresuraban á llevarlas.

Los cántaros volaron de mano en mano, y saludaban con estrepitosas carcajadas como los niños á los impacientes que sacaban salpicados de barro sus vestidos. La muralla se elevaba ya algunos piés por encima de la empalizada, y como no tenían césped, clavaron pedazos de madera y piedras con tanta fuerza en el talud interior que la tierra se puso fuerte como argamasa; apenas pudo Antonio conservar libre la pequeña poterna lateral.

Entre tanto se verificó un movimiento en el puesto enemigo acampado cerca del arroyuelo. Varios jinetes galopaban á lo largo de la linea de sitio mirando con inquietud la nueva fortificacion; algunos intentaron acercarse, pero el guardabosque los ahuyentó asomando su fusil por la muralla.

Entregados á todos estos trabajos trascurrieron las horas; el sol declinaba siempre, y la rojiza claridad del crepúsculo brillaba en el cielo. Nuestros trabajadores no fijaron la atencion en ello; en el pozo los hombres tenian ya agua á la cintura. Era amarilla y sucia, pero todos miraban fijamente al fondo como si saliera oro líquido.

Al fin cuando las sombras de la noche se posaron sobre el orificio del pozo, Antonio mandó á los obreros que suspendieran su trabajo. Llevaron un gran trapo blanco, le pusieron encima de la gran cuba, sacaron agua con los cántaros y la hicieron colar por el trapo.

— Lo primero es necesario abreviar mis caballos, gritó un mozo de labor, y llevó consigo los cántaros para satisfacer la sed de las alteradas bestias.

— Cuando el agua esté reposada será tan clara como la del arroyo, dijo alegre el forjador; y los obreros no se cansaban de sacar agua para probarla, confirmando cada uno con marcado contento la opinion de un hombre tan considerado como lo era el forjador.

Entre tanto Antonio corrió á la muralla; habiendo llegado esta hasta la altura del primer piso, hizo hundir en ella sólidos postes, y clavar, á guisa de parapeto, fuertes tablas arrancadas de los carros. Cuando la noche cubrió el castillo con su negro velo, la obra estaba terminada.

Las mujeres se mostraron infatigables en la filtracion del agua encima de la gran cuba; gruesos trozos de carne fueron transportados á la cocina; un gran fuego ardia en el hogar, y la dulce perspectiva de una cena reparadora tranquilizó los ánimos de todos los sitiados.

De pronto se oyó nuevamente en el campo el sonido de las cajas de guerra del enemigo. Al mismo tiempo el estridente sonido del silbato resonó á través de los muros del castillo. Por un momento los hombres reunidos en el corral se vieron asaltados por un espanto

involuntario, porque durante las últimas horas casi se habian olvidado del enemigo. Pero recobrándose en seguida, corrieron todos al cuerpo de guardia y tomaron las armas.

El cuarto bajo fué ocupado por una doble guarnicion; el guardabosque corrió con un fuerte destacamento á tomar posicion en el corral y subió á la nueva muralla.

— El desenlace se aproxima, dijo Fink á Antonio por lo bajo. Durante las últimas horas, fuertes partidas han entrado en la aldea, y á la claridad del sol poniente he visto llegar una fuerza de caballeria. No podremos resistir otra noche. Atacarán al mismo tiempo por todos lados, y con escalas asaltarán el castillo. Están persuadidos de ello, porque todas las columnas que vienen de la aldea traen escalas y hachas. Suframos con calma el destino de que no podemos escapar; si sucumbimos como valientes y no como cobardes poltrones, todo el mérito será para tí. Acabo de ver al baron: las señoras y él están preparados, todos se reunirán en su aposento. Si resta todavia algun aliento en tu garganta cuando uno de los jefes de esas partidas pase por encima de tu cuerpo, recoméndale las señoras. Ahora, adios, Antonio; ¡cúmplase la voluntad divina! Yo me encargo del lado del corral, tú del de la fachada.

— Me parece imposible, contestó Antonio, que sucumbamos; jamás he abrigado mas alegres esperanzas que en este momento.

— ¿Tú aguardas socorro? preguntó Fink encogiéndose de hombros, y señaló por la ventana las tropas enemigas; si ese socorro no nos llega antes de una hora, vendrá ya demasiado tarde. Desde que el cañon de Rebeca ha desaparecido, estamos en poder del enemigo en cuanto quiera intentar seriamente el asalto. Y es necesario no hacerse ilusiones, lo intentará. Querido amigo, dame tu mano. ¡Adios!

Estrechó fuertemente la mano de Antonio y una arrogante sonrisa animó de nuevo su fisonomia.

Los dos permanecieron así uno al lado de otro, mirándose afectuosamente y con cierta inquietud, como si no debieran volverse á ver.

— ¡Adios! dijo al fin Fink, y tomó su fusil desprendiendo su mano de la de su amigo; pero sin moverse, permaneció como clavado en el suelo, y aplicó el oido.

En medio del redoble de los tambores del enemigo y del ruido que hacia este al avanzar, alegres tocatas resonaron en el espacio, á las que contestó un tambor de linea batiendo generala. Al fin, se hubiera dicho que se oia una fuerte descarga y aclamaciones á lo lejos.

— ¡Ya vienen, gritaron de todos los ángulos del castillo, nuestros soldados llegan!

El guardabosque se precipitó en el vestíbulo. — ¡Las gorrillas encarnadas! gritó; bordean el rio y llegan en masa mientras la infanteria llega por detrás, por el lado del pueblo.

— Vamos, bajemos todos al corral, dijo Fink. Preparémonos para una salida. Adelante, amigos.

Se quitó la barricada colocada delante de la puerta. Todos los hombres estuvieron fuera del reducto en un abrir y cerrar de ojos. A duras penas pudo Antonio conseguir que el agrónomo y algunos mozos de labor se quedaran á guardar el castillo. El guardabosque hizo formar y revisó á toda la tropa. Fink examinó dónde se libraba el combate. La columna de infanteria avanzaba por el pueblo; los continuos disparos de mosquete revelaban la animosidad de la lucha. Pero el fuego se aproximaba y los enemigos se replegaban; ya salian de la granja algunos fugitivos.

Entre tanto un destacamento de búsaes atravesó el rio de frente al castillo, llevando por delante algunos pequeños grupos de tiradores. Fink hizo dar á sus hombres la vuelta al castillo, y los formó en orden de batalla dando frente al pueblo.

— Tened paciencia, gritó, y si os conduzco á la pelea no olvideis vuestro grito de guerra; ó de lo contrario os veriais dispersos y derrotados en medio de la oscuridad como los enemigos.

Por el lado del rio, un jinete solo se fué derecho á ellos, gritando:

— ¡Hurra, Rothsattel!

— ¡Sturm! contestaron multitud de voces.

Antonio salió de las filas y corrió al encuentro del fiel húsar.

— Hemos sorprendido al enemigo, gritó Carlos. Ocupa el camino de Rosmin, pero yo he conducido á las tropas dando rodeos á través de los bosques.

Se apercebíó confusamente en las últimas casas de la aldea una fuerza de caballeria. El cuerpo enemigo se detuvo haciéndose fuerte en la granja. La lucha volvió á empezar, los jefes condujeron nuevamente su gente á la pelea.

— ¡Ya llegó el momento! gritó Fink. Sus soldados atravesaron el campo á paso de carga, se formaron á lo largo del camino, cerca de la primera granja, y cogiendo de flanco al enemigo, descargaron sobre él veinte y cinco fusiles. Esta descarga introdujo la confusion en las compactas filas de los polacos, que se desbandaron y huyendo salieron á la llanura.

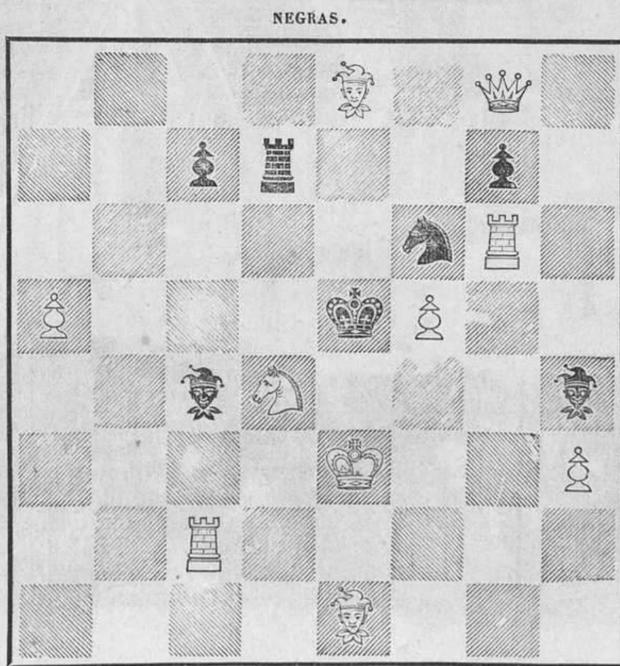
El clarin sonó de nuevo detrás del enemigo que estaba formado cerca del castillo. Los húsares cargaron á galope sobre una fuerza que todavia oponia resistencia; Carlos se reunió con sus compañeros y desapareció entre los combatientes. Este movimiento obligó á los insurgentes á replegarse y á presentarse en campo raso.

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 279.

- 1 C 3ª ARª P 4ª C
- 2 A toma P R 5ª Rª
- 3 C 3ª AR jaque R toma C ó 5ª A
- 4 A 6ª A ó 3ª R jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 280, POR M. C. M. BAXTER.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

(Se continuará.)

y los magyares, y se preguntan en virtud de qué principios se les trata de rebeldes porque imitan á pueblos que han calificado también durante largo tiempo de revolucionarios incorregibles y de enemigos de la paz europea. Una situación tal trae necesariamente complicaciones sobre las cuales un optimismo obstinado puede cerrar los ojos; pero que los hombres políticos deben estudiar con toda la atención que se merece.

Las disposiciones de los cretenses son un sintoma que todo observador imparcial debe tomar en cuenta. Ninguna mujer ignora en Oriente á qué pruebas tan terribles toda guerra formal expone á su sexo, y las listas fúnebres publicadas por la Grecia de Atenas, demuestran cuánto han sufrido las mujeres cretenses desde el principio de las hostilidades. Sin embargo, su corazón no ha cesado de estar con los insurrectos, y lo mismo que ellos se han impuesto sacrificios de toda especie, antes que resignarse á la dominación extranjera. Parece ser que estos sentimientos han armado á varias mujeres. Ultimamente se ha visto en Atenas á una joven cretense, llamada Antonoussa Castanopoulos, que figura entre los jefes de la insurrección. Su traje se compone de una chaqueta gris, de un chaleco rojizo adornado con dos hileras de botones, de una faja encarnada en la que lleva dos largas pistolas, de un ancho pantalon azul que baja hasta las rodillas, y de unas anchas polainas del mismo color que la chaqueta. Cubria su cabeza un gorro encarnado, cuya pesada borla azul cae sobre el hombro. Sus compañeros de armas elogian su firmeza, su valor y su patriotismo.

Nuestros lectores verán aquí el retrato de esta heroína, juntamente con el tipo de los mozos que han sostenido durante tanto tiempo la insurrección cretense.

D. J.



Antonoussa Castanopoulos, insurrecta cretense.

La insurrección de Creta.

ANTONOUSA CASTANOPOULOS, AMAZONA CRETENSE.

La insurrección de Creta, preludio del actual conflicto entre la Grecia y la Turquía, se ha prolongado durante más de dos años con una energía tal que ha tenido en movimiento todas las fuerzas del imperio otomano. Esto solo sorprenderá á los que no conocen la historia de la Creta. «Entre los pueblos que habitan la isla de Candia, dice un escritor francés, M. Audiffret, los espachiotas se distinguen por su alta estatura, su hermoso aspecto, su valor, su destreza, y sobre todo por su amor á la libertad y su odio á los usurpadores de su patria.» M. Audiffret está convencido de que si el gobierno veneciano hubiese armado á estos temibles montañeses cuando los turcos comenzaron á disputarle la Creta, jamás hubieran podido conquistar el país los musulmanes.

El alzamiento de 1770, la insurrección nacional de 1821, la enérgica resistencia que los cretenses opusieron á Mehemet-Alí, cuando Mahmud II cedió la isla al bajá de Egipto, son hechos que se olvidan fácilmente cuando se considera como cosa fácil la pacificación de la Creta. Por poco instruidos que sean los cretenses, saben muy bien que en nuestros días han reconocido solemnemente los derechos de los italianos, los rumanos

La casa de Corneille.

Damos en este número la casa en que vivió el gran poeta Corneille, en el Petit-Couronne, cerca de Ruan. El consejo general del Sena Inferior, tomó conocimiento de una proposición presentada á la prefectura por M. Deschamps, proposición que motivó un informe cuyas conclusiones han sido adoptadas por el consejo.

«Nuestro honorable colega, dijo el relator, M. Deschamps, ha dirigido al señor prefecto una carta en la



Un insurrecto cretense

que expone que existe cerca de Ruan, en el Petit-Couronne, una casa que fué la habitación campestre del gran Corneille. M. Gostelin, archivero del Tribunal imperial de Ruan, ha hecho constar por indicaciones y documentos diversos, la autenticidad del hecho de la posesión de esta casa por la familia Corneille. La adquirió el padre de Pedro Corneille, mediante escritura del 6 de junio de 1618.

«El Consejo general querrá que la casa de campo del gran Corneille se conserve. Ya la morada donde nacieron Pedro y Tomás Corneille en la calle de la Pie, ha desaparecido y el puesto que ocupaba solo se indica por un mármol aplicado á una pared de una construcción nueva.

«¡Tal es la inexorable marca del tiempo! Procuraremos quitar á su acción todo lo que sea posible.

«M. Deschamps se ha anticipado á nuestras intenciones. De la casa depende un prado, y los dueños no quieren vender sino el todo mediante la suma de 12,000 francos. Entre estos dueños hay tres menores, de los cuales el más joven no cumplirá la mayor edad hasta dentro de cinco años.

«Bajo estas condiciones M. Deschamps ha obtenido una promesa de venta al susodicho precio y propone que se acepte el trato. Sobre estas bases proponemos también nosotros la adopción, de cuyo modo probareis una vez más que sabéis guardar el respeto de los nombres ilustres y el culto de los grandes recuerdos.» — El consejo adoptó el informe. P. P.



La casa de campo de Corneille en las inmediaciones de Ruan.